



Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
ICADE

Diplomacia en tensión: evaluación de las estrategias diplomáticas de China y Taiwán en un escenario de *soft power*

Autor: Lucía Redondo Arroyo
Director: Alessia Putin Ghidini

MADRID | Abril 2025

Declaración de Uso de Herramientas de IA Generativa en Trabajos Fin de Grado en Relaciones Internacionales.

Por la presente, yo, Lucía Redondo Arroyo, estudiante de ADE y RRII de la Universidad Pontificia Comillas al presentar mi Trabajo Fin de Grado titulado "**Diplomacia en tensión: Evaluación de las estrategias diplomáticas de China y Taiwán en un escenario de *soft power***", declaro que he utilizado la herramienta de IA Generativa ChatGPT u otras similares de IAG de código sólo en el contexto de las actividades descritas a continuación:

1. **Sintetizador y divulgador de libros complicados:** Para resumir y comprender literatura compleja.
2. **Corrector de estilo literario y lenguaje:** para mejorar la calidad estilística y sintetizar mejor ideas complejas de elaboración propia.

Afirmo que toda la información y contenido presentados en este trabajo son producto de mi investigación y esfuerzo individual, excepto donde se ha indicado lo contrario y se han dado los créditos correspondientes (he incluido las referencias adecuadas en el TFG y he explicitado para qué se ha usado ChatGPT u otras herramientas similares). Soy consciente de las implicaciones académicas y éticas de presentar un trabajo no original y acepto las consecuencias de cualquier violación a esta declaración.

Fecha: 8/04/2025

Firma: Lucía Redondo Arroyo

Resumen

El conflicto entre China y Taiwán ha sido un asunto candente en la geopolítica internacional, caracterizado por intrincadas tensiones históricas y disputas sobre la soberanía. Este trabajo tiene como objetivo analizar las estrategias diplomáticas adoptadas por ambos países, junto con el impacto de factores como la economía, la tecnología y el *soft power* que han marcado sus relaciones. A través del estudio de las políticas exteriores de China y Taiwán, se examinan la evolución y efectividad de sus enfoques diplomáticos en el marco de este prolongado conflicto. Asimismo, el trabajo considera las posibles orientaciones futuras de la diplomacia taiwanesa, en función de los cambios inexorables en el ámbito internacional y en la región del Indo-Pacífico.

Palabras clave: conflicto, diplomacia, relaciones internacionales, China, Taiwán.

Abstract

The China-Taiwan conflict has been a heated issue in internal geopolitics, characterized by intricate historical tensions and disputes over sovereignty. This paper aims to analyze the diplomatic strategies adopted by both countries, along with the impact of factors such as economics, technology and soft power that have shaped their relations. Through the study of foreign policies of China and Taiwan, the evolution and effectiveness of their diplomatic approaches within the framework of this prolonged conflict are examined. Additionally, the paper considers the potential future directions for Taiwanese diplomacy, based on the inexorable changes in the international arena and the Indo-Pacific region.

Keywords: Conflict, diplomacy, international relations, China, Taiwan.

Índice

<i>I. INTRODUCCIÓN</i>	6
A. Finalidad y Motivos.....	7
B. Objetivos.....	8
C. Metodología	8
<i>II. ESTADO DE LA CUESTIÓN</i>	9
A. Evolución del conflicto China- Taiwán.....	9
i. Orígenes y consolidación de la división política.....	9
ii. Situación actual y relaciones entre ambas regiones	14
B. Geopolítica del Indopacífico y relevancia en la disputa.....	15
<i>III. MARCO TEÓRICO: APLICACIÓN DE TEORÍAS DE RELACIONES INTERNACIONALES</i>	21
A. Realismo y el conflicto China-Taiwán	21
B. Liberalismo y la cooperación internacional	22
C. Concepto de Estado	23
D. Instrumentos de <i>soft power</i>	25
E. Principio de Una sola China.....	26
F. Constructivismo	26
<i>IV. ANÁLISIS</i>	27
A. Estrategias diplomáticas de China y Taiwán.....	27
i. Diplomacia china: consolidación de la “Política Una sola China”.....	27
ii. Diplomacia taiwanesa: resistencia y reconocimiento internacional	34
B. El papel del <i>soft power</i> , la economía y la tecnología en la influencia internacional	40
C. Evaluación de la efectividad de la diplomacia en el conflicto	45
<i>V. PROPUESTAS</i>	54
<i>VI. CONCLUSIONES</i>	61
<i>VII. BIBLIOGRAFÍA</i>	66

Índice de siglas

AMS: Asamblea Mundial de la Salud
ANZUS: Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos
APEC: Asia-Pacific Economic Cooperation
ARATS: Association for Relations Across the Taiwan Straits (China)
ASEAN: Asociación de Naciones del Sudeste Asiático
AUKUS: Australia, Reino Unido, Estados Unidos
BRI: Belt and Road Initiative
BRICS: Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica
CCP: Chinese Communist Party
CCSSTA: China-Central America and Caribbean Cooperation Summit
CCTV: China Central Television
DPP/ PPD: Democratic Progressive Party/ Partido Progresista Democrático
ECFA: Economic Cooperation Framework Agreement
EEUU: Estados Unidos
FMI: Fondo Monetario Internacional
GDI: Global Development Initiative
GSI: Global Security Initiative
KMT: Kuomintang
OCS: Organización de Cooperación de Shanghái
OMC: Organización Mundial del Comercio
OMS: Organización Mundial de la Salud
ONU: Organización de las Naciones Unidas
PCCh: Partido Comunista de China
QUAD: Estados Unidos, Japón, India, Australia
RCEP: Regional Comprehensive Economic Partnership
ROC: Republic of China (Taiwán)
RPC: República Popular de China
SEF: Straits Exchange Foundation (Taiwán)
TPP11: Trans-Pacific Partnership
TSMC: Taiwan Semiconductor Manufacturing Company
UE: Unión Europea

Índice de figuras

Figura 1: Línea del tiempo de los principales eventos del conflicto sino-taiwanés.....	14
Figura 2: Línea del tiempo de la situación actual entre China y Taiwán.....	15
Figura 3: Mapa geopolítico del Pacífico.....	16
Figura 4: Línea del tiempo de los presidentes de China de 1949- 2025.....	34
Figura 5: Distribución identidad social de los taiwaneses 2023.....	36
Figura 6: Línea del tiempo de los presidentes de Taiwán de 1988- 2025.....	40
Figura 7: Volumen comercial de Taiwán respecto a China y el resto del mundo.....	44
Figura 8: Mapa de aliados diplomáticos de Taiwán.....	47

I. INTRODUCCIÓN

Con la victoria del candidato del Partido Progresista Democrático, Lai Ching-te, en el pasado 13 de enero de 2024 han resurgido nuevas incógnitas acerca del porvenir de las relaciones entre China y Taiwán, cuyas dinámicas han seguido un rumbo errático desde su escisión tras la guerra civil china. En este complejo tablero geopolítico, China, dotada de una supremacía militar y económica incontestable, ha desplegado una estrategia implacable de aislamiento diplomático sobre Taiwán; construyendo una narrativa en la que no hay cabida para otro destino que no sea la anexión de la isla en base a la legitimidad china sobre la misma. De menor envergadura y empujado al límite de sus capacidades, la diplomacia como forma de soft power constituye la única manera de poder contrarrestar la narrativa china para Taiwán en pro de su futuro y permanencia en la comunidad internacional. Por ello, un conflicto que suele ser analizado desde la óptica bélica del *hard power*, centrado en la coerción militar, exige una evaluación desde el prisma del *soft power*, a fin de discernir el papel que juega la diplomacia en esta disputa.

Con el fin de analizar la efectividad de las estrategias diplomáticas desplegadas tanto por China como por su contraparte taiwanesa, tendrá lugar una contextualización previa del conflicto sino-taiwanés que establezca los cimientos históricos del conflicto y punto de partida actual, así como un resumen de la diplomacia pública de ambos países en las últimas décadas. A continuación, se procederá a la aplicación de las principales teorías de relaciones internacionales relevantes para este conflicto, junto con conceptos fundamentales para el análisis, tales como diplomacia y soft power, One China Policy o la concepción de estado en el ámbito internacional.

Tras establecer los objetivos e hipótesis así como la metodología a emplear en este trabajo de investigación, el estudio se adentrará en un análisis en profundidad acerca de las estrategias diplomáticas llevadas a cabo por China para fomentar su discurso hegemónico y la respuesta taiwanesa a las mismas en la esfera diplomática. Se evaluará la efectividad de ambas estrategias tanto en la consecución de sus respectivos objetivos como en su capacidad para desescalar las tensiones en el conflicto. La segunda parte del análisis se enfocará en la comparativa de la diplomacia frente a otras formas de soft power, con el propósito de dilucidar si la diplomacia sigue siendo un instrumento de peso en la disputa, o si, por el contrario, ha sido eclipsada por otras formas más sutiles y eficaces de influencia.

A. Finalidad y Motivos

En un mundo cada vez más polarizado y tenso, el hard power parece ser la única opción para proyectar la superioridad de los Estados; poniendo únicamente en el punto de mira las estrategias militares y relegando al olvido aquellas formas más sutiles pero que de igual manera modifican e influyen en las percepciones de un conflicto. Por ello, el principal fin de este trabajo consiste en sopesar el papel efectivo de la diplomacia en el conflicto sino-taiwanés. Siguiendo esta línea, se pretende discernir si la diplomacia sigue ocupando un papel relevante en pleno siglo XXI o si por el contrario ha sido relegada a la obsolescencia ante el ascenso de otras formas de soft power.

La motivación a la hora de hacer este Trabajo de Fin de Grado nace de una fascinación personal por el mundo asiático tras mi experiencia académica viviendo cuatro meses en Corea del Sur y viajando por toda Asia Oriental. Fue durante uno de estos viajes cuando tuve la oportunidad de visitar China y de apreciar de primera mano cómo este conflicto, a pesar de ser uno de los más relevantes de la región, es un tema delicado y poco discutido en la sociedad china de a pie. Durante conversaciones con estudiantes chinos y coreanos, constaté la reticencia a abordar el tema, percibido como extremadamente complejo y políticamente sensible, lo que despertó mi curiosidad por explorarlo y adentrarme en él en mayor profundidad.

Otro hecho clave que propició mi elección fue el hecho de que, a pesar de la creciente presión china para aislar a Taiwán en la arena internacional, Taiwán sigue poniendo de manifiesto una notable capacidad para mantener relaciones diplomáticas y económicas con diversos países, a la par que mantiene su significativa influencia tecnológica y comercial. Este fenómeno plantea preguntas relevantes sobre las estrategias que Taiwán ha implementado para adentrarse en un sistema internacional que, en su gran mayoría, no le reconoce oficialmente como Estado.

Es por ello que el análisis de este conflicto es crucial no sólo por su relevancia histórica, sino también porque su futuro desarrollo podría redefinir la geopolítica de Asia y del mundo tal y como la conocemos. La intersección entre la política internacional, las relaciones diplomáticas y la economía global en este caso es de suma importancia para entender el rol de los actores involucrados y el impacto que este conflicto puede tener en el orden global actual. Estos motivos personales y académicos han sido determinantes en mi elección de este tema para mi Trabajo de Fin de Grado.

B. Objetivos

Este trabajo no busca posicionarse en favor ni en contra de ninguna de las partes involucradas en este conflicto. Se tratará de sostener la hipótesis que defiende la función de la diplomacia en la desescalada de disputas, no tan sólo en el estrecho de Taiwán, sino en general el rol que tiene en la mediación y evasión de disputas internacionales. Adicionalmente, tenemos por objetivo analizar las dinámicas y diferencias entre las estrategias diplomáticas de China y Taiwán y su efecto en la causa.

Algunas de las preguntas clave que nos hacemos son:

- ¿Hasta qué punto han sido efectivas las estrategias diplomáticas de China y Taiwán en la consecución de sus respectivos objetivos?
- ¿Cómo ha influido la política de “Una sola China” en la legitimidad y el reconocimiento internacional del gobierno de Taiwán?
- ¿En qué medida ha logrado Taiwán resistir el aislamiento diplomático impuesto por China?
- ¿Han sido más efectivas otras formas de soft power en la disputa que la diplomacia tradicional?
- ¿Es la diplomacia un mecanismo obsoleto en este conflicto?

C. Metodología

El trabajo de investigación será llevado a cabo mediante una metodología deductiva que partirá desde el marco de teorías clásicas de las Relaciones Internacionales (realismo, liberalismo y constructivismo) y conceptos de soft power para aplicarlos a nuestro caso de estudio. Puesto que el estudio se centra en la comparación, se examinarán las diferencias en sus políticas exteriores, sus tácticas empleadas en organismos internacionales y el impacto de dichas estrategias en la comunidad global. El análisis será de carácter cualitativo, puesto que la investigación estará basada en el estudio de discursos, documentos oficiales y la percepción de la diplomacia de cada actor.

Dicha metodología deductiva estará basada en un análisis de fuentes secundarias, tales como documentos oficiales de los gobiernos de China y Taiwán, resoluciones y declaraciones de organismos internacionales (ONU, OMC, OMS) en relación con la presencia de Taiwán, informes de think tanks y centros de análisis internacionales sobre la diplomacia de ambas partes; así como artículos académicos y prensa internacional para palpar la opinión de ambos actores en el resto del mundo.

Una vez recopilada la información teórica y secundaria, se llevará a cabo un análisis cualitativo y comparativo centrado en tres dimensiones principales. En primer lugar se examinarán las tácticas de China y Taiwán en foros internacionales, el reconocimiento diplomático alcanzado y su influencia en terceros países. A continuación, se analizará si estas estrategias han sido exitosas en la consecución de sus objetivos o si por el contrario han encontrado limitaciones estructurales. En última instancia, se sopesará el peso relativo de la diplomacia tradicional frente a otros mecanismos de influencia como pueden ser la diplomacia económica o tecnológica.

II. ESTADO DE LA CUESTIÓN

A. Evolución del conflicto China- Taiwán

i. Orígenes y consolidación de la división política

Para enmarcar la disputa en un contexto histórico que permita ahondar en la cuestión de estudio y entender las posiciones actuales de los respectivos actores, hemos considerado necesario desglosar su historia reciente en cuatro etapas: los antecedentes históricos que propiciarían la guerra civil china hasta 1949 y el establecimiento del gobierno de Taiwan; el periodo comprendido entre 1949 y 1978 marcado por el distanciamiento diplomático y la confrontación; la etapa iniciada en 1978 con la política de “Una Sola China” y sus implicaciones para la política exterior de la RPC; y, finalmente, desde 2008 hasta el día de hoy, periodo caracterizado por erráticos distanciamientos y acercamientos.

1.1. Antecedentes históricos: La guerra civil china y el establecimiento del gobierno de Taiwán en 1949.

En 1662, los colonizadores neerlandeses que habitaban la isla de Taiwán fueron expulsados por el líder militar Koxinga y Taiwán se estableció como base leal a la dinastía Ming. No obstante, en 1683 fue anexionada a la provincia de Fujian por parte de la dinastía Qing, anexión que consolidaría la soberanía china sobre la isla durante más de dos siglos. A finales del siglo XIX, tras la derrota flagrante de China en la primera guerra sino-japonesa (1894-1895), el Tratado de Shimonoseki de 1895 concedió el dominio de Taiwán y las Islas Pescadores al imperio del sol naciente. Dicho tratado marcó el comienzo de cinco décadas de soberanía japonesa en las que se implementaron políticas de modernización y explotación de recursos.

En el continente, la caída del imperio Qing en 1911 propició la creación de la República de China (ROC) en 1912, liderada por el Kuomintang (KMT) bajo el mandato de Sun Yat-sen. No

obstante, la ausencia de estabilidad política y la división del poder entre diversos señores de la guerra dificultaron la consolidación de un gobierno central fuerte. En 1921 se fundó el Partido Comunista de China (PCCh), que en un primer momento colaboró con el KMT en la Expedición del Norte (1926-1928) con el objetivo de unificar el país. Sin embargo, las tensiones ideológicas y políticas entre ambos partidos llevaron a la ruptura de la alianza en 1927, lo que acabó desencadenando enfrentamientos armados entre ambos que culminaron en la Guerra Civil China. (Barbosa, 2014)

Durante la Segunda Guerra Mundial hubo un fugaz momento de unidad en el que el PCCH y el KMT establecieron una alianza temporal para hacer frente a la invasión japonesa, alianza que fue formada de 1937 hasta 1945 (Cordero, 2022). Tras la rendición de Japón en 1945, Taiwán fue devuelta a la República de China y la administración de la isla se estableció bajo el liderazgo del KMT. Las crecientes tensiones entre el KMT y la población local taiwanesa desembocaron en el Incidente del 28 de febrero de 1947, el cual fue brutalmente reprimido por las fuerzas del KMT.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, los enfrentamientos entre el KMT y el PCCh se reanudaron con mayor intensidad, constituyendo una guerra civil total en la que el PCCh bajo el mandato de Mao Zedong logró victorias decisivas gracias al creciente apoyo militar y popular. Es finalmente en 1949 cuando el PCCh proclama la creación de la República Popular China en Pekín, causando la huida del líder del KMT Chiang Kai-Shek a Taiwan junto con sus tropas y civiles. Establecido como un gobierno en exilio, Chiang Kai-Shek no cesó en sus pretensiones de imponerse como el legítimo gobierno de toda China (Segura, 2022). Por ende, Taiwan se consolidó no sólo como bastión del KMT si no como base de las futuras tensiones entre la RPC y la ROC, en las que ambas reclamarían la legitimidad del gobierno del territorio chino.

1.2. Evolución de las relaciones bilaterales desde la segunda mitad del siglo XX.

Entre 1949 y 1978, las relaciones entre la República Popular China y Taiwán estuvieron caracterizadas por una creciente tensión que reflejaba las inherentes complejidades de la disputa de la soberanía china. Durante este periodo, la isla de Taiwan fue considerada por el RPC como una provincia rebelde que no dejaba otra opción que adoptar una postura intransigente con respecto a la misma. Esta posición se tradujo en intentos diplomáticos para conseguir el aislamiento internacional de la ROC, fomentando que los estados y organizaciones internacionales reconocieran única y exclusivamente a la RPC como representante legítimo de

China. Estas estrategias se enmarcaban en línea con la política de “Una Sola China”, la cual desarrollaremos en profundidad más adelante y que sostiene la primacía de un único gobierno central en la nación china (Campos, 2024).

Paralelamente, el gobierno del KMT en Taiwan defendió su reivindicación sobre la totalidad del territorio chino, englobando también el continente. Esta defensa se sustentaba en la continuidad histórica de la ROC desde su fundación en el continente en 1912. Sin embargo, la realidad geopolítica y el reconocimiento en la esfera internacional fueron desarrollándose no muy favorablemente para la ROC, especialmente tras la admisión de la RPC en las Naciones Unidas en 1971, desbancando en su lugar a la ROC del asiento que ocupaba previamente y relegando la isla a la más absoluta marginalización (Monde Diplomatique, 2021).

La ambigüedad en torno al estatus de Taiwan se vio exacerbada por las disputas internas y falta de consenso en la isla. Mientras el KMT pugnaba por la reunificación bajo su dominio, afloraron movimientos que abogaban por una identidad taiwanesa distinta y propia, poniendo en jaque la viabilidad de la reunificación y proponiendo alternativas que reivindicasen las particularidades taiwanesas. Esta dualidad interna no hizo sino tensar el ya de por sí complejo escenario diplomático y político del momento (Barbosa, 2014).

En resumen, el periodo de 1949 a 1978 estuvo enmarcado en un contexto de perenne tensión y confrontaciones entre la RPC y Taiwán. La política de “Una Sola China” fue el eje central de las estrategias a nivel diplomático y político de la RPC, mientras que en Taiwán se vivía una pugna interna entre reivindicarse sobre el continente o redefinir su identidad y estatus en el escenario internacional. Es en este momento cuando se asentarían las bases de las dinámicas políticas que continuarían en las décadas siguientes, marcadas por la persistente ambigüedad e indeterminación en torno al estatus de Taiwán (Barbosa, 2014).

1.3. Desarrollo del concepto de "Una Sola China" y su evolución en la política exterior de la República Popular China de 1978 a 2008.

Esta etapa comenzó con un gran revés para la antigua isla de Formosa, que vio como el reconocimiento americano que había sostenido hasta finales de 1978 le fue arrebatado en pro del reconocimiento de la RPC por parte de Estados Unidos con el gobierno de Jimmy Carter. El gigante americano pasó entonces a tener una relación oficial de carácter no diplomático con la ROC, guiada por el Taiwan's Relations Act de 1979 que abogaba por una resolución pacífica del conflicto y les brindaba asistencia militar y comercial (Kan, 2011). Este cambio, junto con

su salida de la ONU, marcó el inicio de un reconocimiento internacional mucho más amplio en favor de la RPC como única representante legítima de China.

El inicio de la década de los 80 trajo consigo considerables cambios en la política interna de Taiwán, ya que su elevado crecimiento económico la posicionó como uno de los Dragones Asiáticos, dando lugar a una consolidada clase media gracias a reformas neoliberales iniciadas en 1974 como la privatización de empresas públicas. Sin embargo, las desigualdades generadas por estas mismas reformas afectaron a las clases populares, obreras y estudiantiles; provocando en muchos un descontento general acerca de las políticas gubernamentales. Como bien comentamos anteriormente, los reveses diplomáticos experimentados forzaron al KMT a implementar reformas políticas que garantizaran su supervivencia. No obstante, a nivel externo, el éxito económico jugó un papel clave a la hora de proyectar su legitimidad internacional a pesar del reducido reconocimiento diplomático.

Es en este momento crucial en el que hablamos de la “taiwanización”, un proceso de construcción de la identidad colectiva taiwanesa que daba la espalda al dictatorial liderazgo del KMT y no se identificaba con su visión histórica centrada en la reconquista del continente. Este movimiento no sólo trajo aparejado el nacimiento del nacionalismo independentista, si no que también supuso una transformación para el propio KMT al influir en sus dinámicas internas (Chen, 2024). Obligó a reformular su política y asumir que la guerra civil china había llegado a su fin, abandonando sus aspiraciones soberanas sobre el continente y enfocando su diplomacia hacia una corriente de pragmatismo y ambigüedad meditada (Delage, 2023).

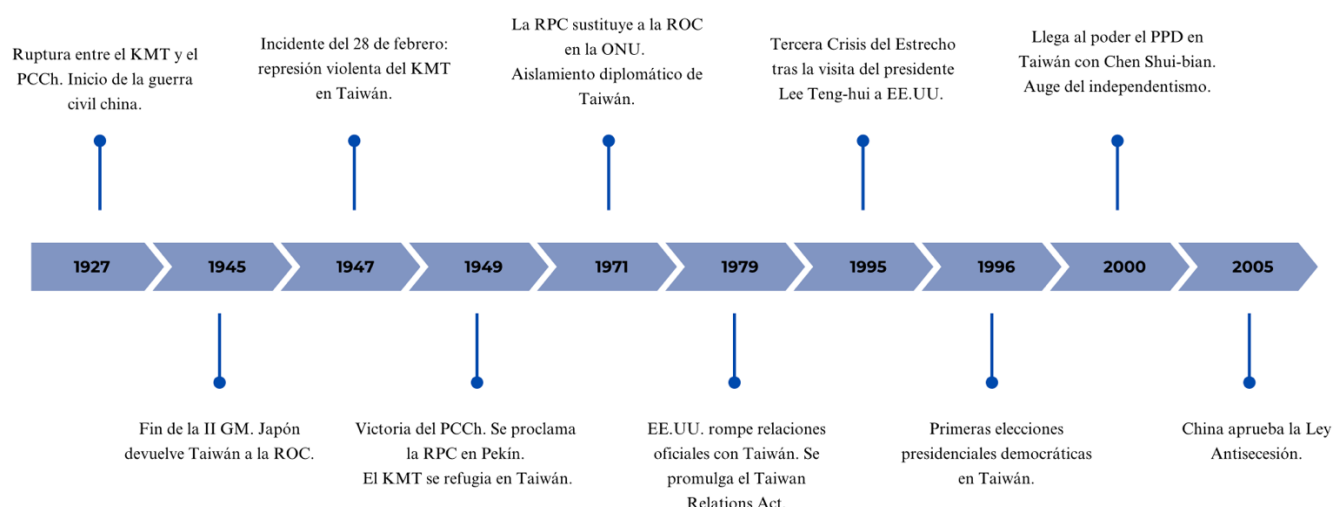
En lo referido a la política interna china, la llegada de Deng Xiaoping traería aparejada una apertura económica y cultural del país que había quedado consumido tras la revolución cultural de Mao. Gracias al enfoque pragmático del gobierno de Deng Xiaoping, centrado en el crecimiento económico, se abriría la puerta para soliviantar las elevadas tensiones mediante los primeros intercambios económicos y de personas (Albert, 2016). Otro factor clave en la mejora de las relaciones sería la reticencia del presidente electo a la intervención por medios armados, algo que si bien no descartaba, no entraba dentro de sus planes iniciales. Su línea de gobierno, caracterizada por la templanza en el ámbito diplomático, logró no sólo que Taiwán perdiese a Estados Unidos como aliado, sino que inició el diálogo con Taiwán proponiendo una reunificación pacífica a través del modelo “*Un país, dos sistemas*” que ofrecía una gran autonomía a los taiwaneses si estos retornaban a la esfera continental (Campos, 2024).

No obstante, el fin de la Guerra Fría supuso la aparición de nuevos desafíos en el horizonte. En 1995, la visita del presidente taiwanés Lee Teng-hui a Estados Unidos desencadenó la Tercera Crisis del Estrecho de Taiwán (1995-1996), provocada por las maniobras militares chinas como respuesta a dicha visita. Estas acciones fueron interpretadas como un intento de amenaza, pero la movilización de portaaviones por parte Estados Unidos fue crucial para salvaguardar la seguridad y poner de manifiesto el compromiso americano con la seguridad de Taiwán (Barbosa, 2014). Dicha crisis subrayó las profundas diferencias entre China y Taiwán y las palpables tensiones geopolíticas en el estrecho.

En el ámbito político interno de Taiwán, la transición democrática culminó con las primeras elecciones presidenciales de forma directa en 1996, lo que reforzó su identidad nacional y legitimidad. La victoria de Chen Shui-bian en 2000, perteneciente al partido Progresista Democrático, alteró los cimientos de la sociedad taiwanesa ya que asentaba el tan ansiado sentimiento nacionalista independiente que había comenzado a fraguarse en la década anterior. Su victoria no fue recibida de buen grado en Beijing debido a su postura independentista y la respuesta no se haría de esperar: 5 años más tarde, China contraatacaría al independentismo firmando la *anti-secession law* que reafirmaba su compromiso de lograr la reunificación por medios pacíficos pero que también contemplaba la intervención militar en caso de secesión forzosa (Campos, 2024).

La distensión en las relaciones sino-taiwanesas lograda durante la época de los 80 y 90 fue perdiéndose a medida que ambos actores iban ganando riqueza e influencia, tal y como se pondría de manifiesto en los años venideros. El poder de China como actor internacional iba notablemente en aumento con hechos significativos como su ingreso en la OMC en 2001, gracias a la cual el país quedaría irremediabilmente arraigado en la economía global como centro de manufactura y comercio (Adhikari & Yang, 2002). Asimismo su estatus de potencia global emergente posibilitaría el aumento de su capacidad militar, lo que la convertiría en un gran actor bélico (Kan, 2011).

Figura 1. Línea del tiempo de los principales eventos del conflicto sino-taiwanés.



Fuente: Elaboración propia.

ii. Situación actual y relaciones entre ambas regiones

Las corrientes que guían este conflicto hasta el punto en el que nos encontramos actualmente han ido fluctuando principalmente en función de los mandatarios que se encontrasen al frente de cada país así como por las dinámicas globales de los principales actores secundarios involucrados.

Durante el mandato del KMT en 2008 con Ma Ying-jeou, se fomentaron numerosos acercamientos con Beijing en el marco de una política pragmática que buscaba restaurar el diálogo y volver a poner en marcha el estancado engranaje de las negociaciones entre ambas partes. Prueba de ello fue la firma del *Economic Cooperation Framework Agreement* en 2010, un hito histórico en lo referido a la eliminación de barreras al comercio y a la circulación de personas; el cual puso de manifiesto que la economía era condición sine qua non del pragmatismo, mucho antes que la política (Barbosa, 2014). No obstante, desde 2016, el Partido Progresista Democrático ha encauzado tres victorias consecutivas impulsado por su sólido discurso nacionalista, lo que ha mermado la disposición china al diálogo al ser interpretado como una amenaza (Campos, 2024).

Es precisamente la reciente victoria de Lai Ching-te este pasado enero lo que ha aumentado las tensiones con Beijing, ya que el pasado pro-independentista del presidente no es olvidado por Xi Jinping a pesar de que Lai haya adoptado una postura más matizada al respecto en los últimos años. Las declaraciones del presidente electo de Taiwán abogan por el mantenimiento del status quo actual de forma pacífica y democrática, sin necesidad de reivindicar su

independencia al asumirlo como un hecho de facto; pero todo indica que las hostilidades chinas no van a cesar si no aumentar en este nuevo marco político (Gan, 2024). Prueba de ello han sido las maniobras militares chinas durante los meses de enero y abril de 2025, entre las que se incluían ejercicios con fuego real a escasos 74 kilómetros de las costas taiwanesas, acciones que han sido condenadas por Taipéi como provocativas y peligrosas (Bailén, 2025).

En la esfera diplomática, China no cesa en su estrategia de aislamiento internacional hacia Taiwán, presionando a los pocos países que mantienen el reconocimiento de la isla de Formosa a que establezcan relaciones con Pekín. En respuesta, Taiwán ha intensificado sus esfuerzos diplomáticos, con el presidente Lai llevando a cabo giras por los distintos países del Pacífico para afianzar alianzas.

Figura 2. Línea del tiempo de la situación actual entre China y Taiwán.

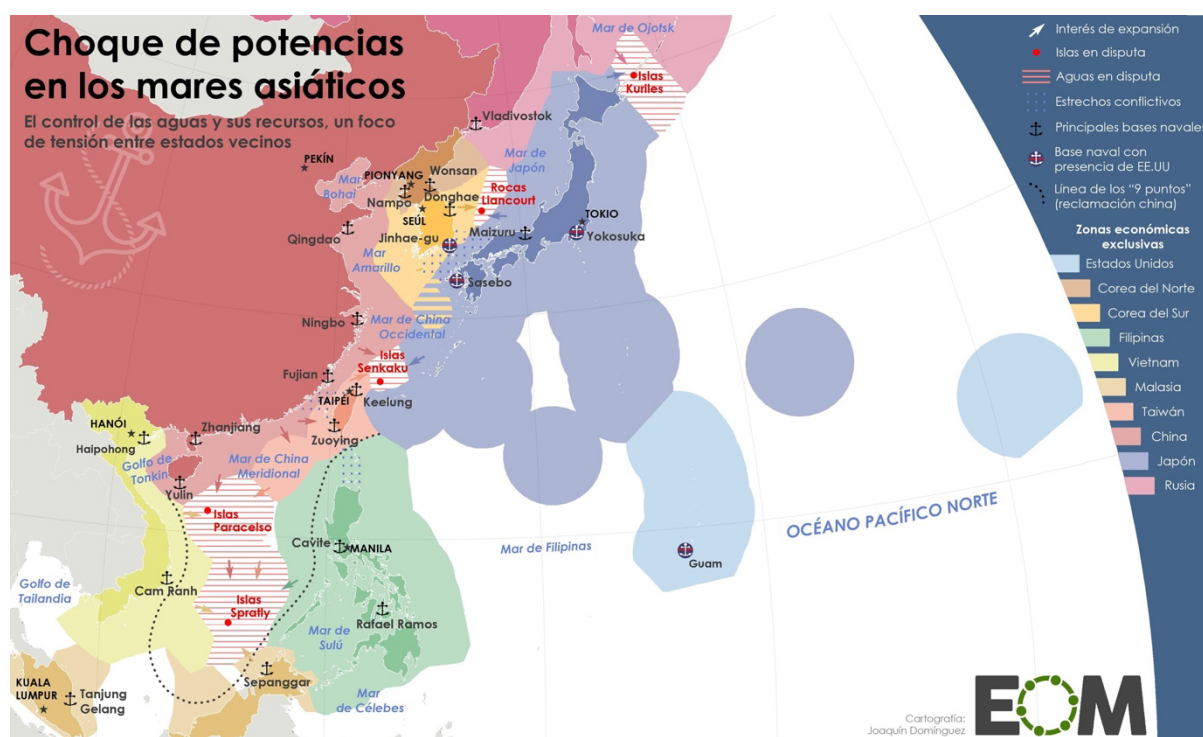


Fuente: Elaboración propia.

B. Geopolítica del Indopacífico y relevancia en la disputa

La región del Pacífico se ha instaurado como uno de los epicentros de la rivalidad geopolítica a nivel mundial, donde confluyen intereses de carácter económico, militar y político de las grandes potencias. Concretamente, en los últimos años se ha consolidado como el tablero de ajedrez en el que China y Estados Unidos se disputan una partida histórica por consolidarse como la fuerza dominante de la región, partida a la que se suman actores como Japón, Rusia, India o Australia así como diversos países del Sudeste Asiático.

Figura 3. Mapa geopolítico del Pacífico.



Fuente: El Orden Mundial.

Análisis de la región del Pacífico y su relevancia estratégica en la geopolítica mundial.

Esta zona colindante con los mares del vasto Pacífico, el Indopacífico y el Mar de China Meridional se erige como una región neurálgica cuya importancia deriva de su papel comercial clave, sus rutas marítimas estratégicas y su importancia para la seguridad regional. Próximo a uno de los cinco estrechos más importantes del mundo, el estrecho de Malacca entre Indonesia y Malasia, el 30% del comercio marítimo mundial circula por esta área propensa a colpasos y congestión (Feingold & Willige, 2024). Asimismo, la intrincada red de intereses políticos y económicos que convergen en las aguas del Mar de China Meridional lo hacen destacar por su relevancia estratégica. Estas arterias marítimas no sólo son vitales para el transporte de mercancías, sino que también albergan vastas reservas de recursos naturales; incluyendo petróleo, gas natural y zonas pesqueras prósperas, fundamentales para la estabilidad de las cadenas de suministro global.

El valor estratégico de esta zona ha suscitado disputas territoriales entre múltiples naciones, incluidas China, Vietnam, Filipinas, Malasia o Brunéi; todas ellas con reclamos sobre islas y arrecifes en el Mar de China Meridional. Dichas disputas no sólo responden a la pugna por el acceso a recursos naturales, si no también a la intención de ejercer dominio sobre rutas

marítimas clave y consolidar influencia en el ámbito global. En este epicentro también se disputa el equilibrio geopolítico de Asia, dinámica en la que Taiwán desempeña un papel estratégico tanto por su ubicación geográfica como por su control de territorios clave como las Islas Dongsha en el Mar de China Meridional. Su posición entre el Mar de China Oriental y el Mar de China Meridional le otorga un papel supervisor en rutas comerciales críticas. Por ende, su control o subordinación a otra potencia como China podría modificar drásticamente la seguridad regional y libre curso del comercio.

En este entramado geopolítico, la *Belt and Road Initiative* de China se alza como un pilar de su proyección estratégica, expandiendo su influencia mediante a través de inversiones sustanciosas en infraestructura y contratos económicos con países del Pacífico. Este avance dista mucho de ser meramente económico: implica una reconfiguración del orden regional, despertando recelo entre potencias asentadas como Estados Unidos, que palpa en esta expansión un desafío directo a su hegemonía. La pugna en el Pacífico no se limita a una mera disputa territorial o comercial; encarna una tensión más profunda en la que convergen la proyección de poder y la redefinición de las esferas de influencia.

Principales actores internacionales involucrados: China, Taiwán, Estados Unidos, y otros países clave.

El gigante pekinés ha proyectado cada vez más su presencia militar y económica en la región buscando establecer un eje de poder antagonista a Estados Unidos, a la par que intensifica las disputas ya existentes con países como Filipinas o Nueva Zelanda. Desde hace décadas China reclama su soberanía sobre el Mar de China Meridional en base a la Línea de los 9 puntos, un documento que al redefinir las fronteras le otorgaría el dominio sobre la mayoría de las islas como las Islas Spratly y Paracel frente a países como Bruney, Malasia o Filipinas. Su interés viene dado por la alta concentración de recursos naturales existentes en las islas, las cuales pretende convertir en bases militares estratégicas a la par que continúa con la construcción de islas artificiales en el Pacífico.

Las operaciones chinas han provocado fricciones con Estados Unidos, otro de los grandes actores involucrados en la región, ya que busca contener la expansión china en pro de la libertad de navegación en el Pacífico. Es por ello que ha buscado afianzar sus alianzas con democracias consolidadas como Japón, con el que mantiene una de las más sólidas relaciones de la región gracias a su estrecha colaboración en materias de defensa y seguridad así como económicamente. Asimismo, el compromiso estadounidense con Corea del Sur es una garantía

de seguridad en el Noreste de Asia frente a la amenaza norcoreana gracias al tratado de defensa mutua firmado en 1953 y la estrechez de relaciones entre ambos países. El cerco de influencia americana se ve reforzado por alianzas con países menores pero no por ello de menor importancia, como Filipinas, país en el que Estados Unidos ha establecido cuatro bases militares adicionales desde el año 2023 que le permiten una vigilancia clave de China al lindar con Taiwán y el Mar Meridional de China.

Japón es otra de las potencias que pese a estar atravesando un momento de mayor estancamiento económico, posee un peso innegable en este epicentro de rivalidades. En las últimas décadas ha iniciado un ascenso sutil hacia el liderazgo regional, caracterizado por su asertividad y papel como promotor del orden internacional en la región (Serbin, 2021). Durante la primera administración de Donald Trump, la ausencia de una dirección clara en la política exterior estadounidense en la región propició un liderazgo más autónomo por parte de Japón; que le permitió reforzar su autosuficiencia en materia de seguridad y reforzar su papel como actor clave. Su pragmática postura geopolítica fundamentada en las reglas y el multilateralismo busca evitar un enfrentamiento directo con China, limitando su proyección sin marginarla completamente del equilibrio de poderes (Serbin, 2021). Su impulso en la conectividad de la región vino dado por su participación en acuerdos como el TPP 11, de carácter económico y en el cual asumió un papel crucial tras la salida de EEUU, o alianzas como el QUAD, la RCEP o ASEAN; persiguiendo siempre sus intereses económicos y de cooperación en un marco multilateral. Por ello, la estrategia japonesa se encuadra dentro del concepto del “Indopacífico Libre y Abierto”, cuya meta es asegurar la libertad de navegación, la cooperación en materia económica y la salvaguarda del derecho internacional (Serbin, 2021).

Dentro de la alianza QUAD encontramos a Australia, que junto con EEUU, Japón e India desempeña un rol crucial en la geopolítica del Indopacífico, con una estrategia articulada en torno a la estabilidad regional y seguridad marítima. Unida por lazos históricos con Estados Unidos, Australia se consolida como una potencia media más alineada con el bando estadounidense y las democracias restantes de la región como respuesta al expansionismo chino; evitando un enfrentamiento directo con China debido a los lazos económicos que les unen. Su postura busca garantizar su estabilidad económica sin sacrificar su autonomía estratégica, es por ello por lo que aúnan el fortalecimiento de las relaciones con sus aliados tradicionales y la diversificación de sus relaciones comerciales para disminuir su dependencia de Beijing. En términos de seguridad, Australia forma parte de alianzas claves como AUKUS, a través de la cual ha fortalecido su capacidad militar al incorporar submarinos de propulsión

nuclear a su flota; así como el pacto ANZUS que reafirma su compromiso de seguridad con EEUU y Nueva Zelanda (Serbin, 2021). Geopolíticamente, una de las controversias más significativas para Australia es la expansión china en las Islas Salomón, donde Beijing ha formalizado acuerdos en materia de seguridad que han suscitado inquietudes en Canberra (Serbin, 2021).

Gracias a su ascenso económico exponencial y la consolidación de organismos como ASEAN para la promoción del multilateralismo en la región, India ha pasado a formar parte de este eje de poder, transformando la geopolítica del Pacífico en geopolítica del Indopacífico. Con un enfoque pragmático, el gobierno indio busca reforzar su posición geopolítica sin alinearse totalmente con Estados Unidos ni antagonizar directamente a China. Durante la administración Biden se contruyó una alianza cautelosa con la India con el objetivo de contrarrestar a China, pero se abren nuevas incógnitas acerca de qué rumbo tomará la estrategia bajo el segundo mandato de Donald Trump. Los principales intereses de India en la región engloban la protección de sus rutas comerciales y la prevención de una hegemonía china en el océano Índico. Para ello, participa activamente en el QUAD ya mencionado anteriormente, un foro en el que se abordan temas como la libertad de navegación y la cooperación en defensa. Asimismo, la inclusión de Francia en las maniobras navales La Pérouse en la Bahía de Bengala sugiere un posible QUAD-plus ampliando la alianza a países como Francia o Reino Unido, lo que fortalecería la cooperación multilateral de India con potencias occidentales (Barba, 2021). En cuanto a disputas activas, India enfrenta conflictos fronterizos con China en el Himalaya que se han visto intensificados desde 2013, así como busca consolidar su influencia en el estrecho de Malaca y las islas Andamán y Nicobar, áreas de vital importancia para su seguridad energética y comercial. A pesar de los intentos de EEUU por fortalecer su relación con India, el alineamiento de Nueva Delhi sigue siendo parcial. Si bien ha profundizado su cooperación en materia de defensa con Washington, su política exterior sigue marcada por el principio de autonomía estratégica, evitando una confrontación directa con China (Barba, 2021).

La creciente influencia de China en la región y su impacto en el equilibrio de poder.

La *Belt and Road Initiative* (BRI) constituye el eje central de la estrategia china para ampliar su influencia económica y geopolítica a nivel global, un proyecto estratégico que busca expandir la conectividad de Pekín a nivel global. Lanzada en 2013, la BRI es la piedra angular de la política exterior china y tiene un doble propósito: fortalecer las rutas comerciales y consolidar su presencia geopolítica mediante el desarrollo de infraestructura crítica. Se divide

en dos rutas: la Ruta Terrestre de la Seda, que atraviesa Eurasia, y la Ruta Marítima de la Seda, que ahonda la conectividad a través del Indopacífico (Serbin, 2021). En el contexto del Indopacífico, la BRI ha facilitado la expansión de la influencia china a través de corredores económicos, inversión en puertos estratégicos y el financiamiento de proyectos de transporte y energía; como es el caso del desarrollo del puerto de Gwadar en Pakistán que refuerza el acceso chino al Océano Índico sin depender de rutas vulnerables como el Estrecho de Malaca.

Asimismo, China ha empleado la BRI para fortalecer lazos con los miembros de la ASEAN, promoviendo acuerdos de inversión y comercio que han convertido al bloque en uno de sus principales socios comerciales. Estos movimientos han suscitado inquietudes en Washington y entre los miembros del QUAD, conscientes de que la BRI no sólo fomenta la interdependencia económica con los países receptores, sino que es sinónimo de influencia política sobre los mismos. A nivel global, la BRI ha sido percibida como el instrumento central de la estrategia china para reconfigurar el orden mundial y reemplazar el sistema internacional liderado por EEUU. En el Indopacífico, esto se traduce en la creación de una arquitectura económica paralela que aumenta la ventaja estratégica de China al proyectar su *soft power* en la región.

Este robustecimiento geopolítico repercute directamente a Taiwán, pues amplía la capacidad de Beijing para ejercer presión diplomática sobre aquellos estados que sí mantengan relaciones oficiales con Taipéi. A medida que un número cada vez mayor de países se torna dependiente de la financiación china y de la infraestructura promovida por la BRI, el gobierno de la República Popular China tiene entre sus manos un mecanismo de coerción económica que le permite condicionar su apoyo al aislamiento diplomático de Taiwán. En las últimas décadas, esta estrategia ha resultado en la reducción progresiva del reconocimiento internacional de la isla, con la pérdida de aliados en África, el Pacífico y América Latina; una tendencia facilitada en mayor medida por la expansión de la BRI.

En términos estratégicos, el control de infraestructuras portuarias y rutas comerciales clave en el Indopacífico estrecha el cerco marítimo sobre Taiwán, restringiendo su margen de maniobra en un eventual escenario de escalada de tensiones. Además, China ha empleado la BRI como un instrumento de exclusión en el ámbito comercial, bloqueando la integración de Taiwán en acuerdos multilaterales y restringiendo su acceso a mercados estratégicos. En última instancia, la BRI no sólo afianza la hegemonía china en la región, sino que también profundiza el aislamiento diplomático y económico de Taiwán, reduciendo su capacidad de acción en el sistema internacional.

III. MARCO TEÓRICO: APLICACIÓN DE TEORÍAS DE RELACIONES INTERNACIONALES

A fin de analizar las estrategias diplomáticas empleadas por China y su posterior impacto en Taiwán en los últimos años, conceptos y teorías clave que serán empleadas a lo largo de esta disertación serán expuestas a continuación. En primer lugar, se analizarán teorías clásicas de las Relaciones Internacionales que pueden ser aplicadas a la cuestión de estudio, sumergiéndonos en el realismo, el liberalismo y el constructivismo como corrientes de pensamiento que pueden explicar el fenómeno de las relaciones sino-taiwanesas. Discernir cuál de ellas puede ser más relevante para nuestro análisis alberga complejas dificultades ya que la diplomacia como forma de *soft power* puede ser explicada a través de ambas tres corrientes. Por último, es de imperiosa necesidad definir dentro del marco del *soft power* el concepto de “estado” y el concepto “Una sola China ”para poder comprender la magnitud del análisis y las políticas exteriores de China y Taiwán.

A. Realismo y el conflicto China-Taiwán

En primera instancia, el realismo postula que los estados se mueven impulsados por una incesante búsqueda de poder y seguridad, operando dentro de una dinámica implacable de suma cero en la que la supervivencia no es un derecho inherente sino una conquista perpetua. El fin último, según sostienen los realistas, radica en la preservación y consecución constante de los intereses nacionales como principio rector de la acción estatal. Por ende, el conflicto entre China y Taiwán representa la esencia de un sistema internacional anárquico donde ambos estados compiten por el poder y la seguridad. Inspirado por los antiguos escritos de Tucídides y arraigado en la concepción hobbesiana de la guerra constante así como en la preocupación maquiavélica por la seguridad nacional (Antunes et al., 2018), el realismo moderno adquirió finalmente una formulación como teoría política gracias al politólogo Hans Morgenthau en su obra *Politics Among Nations* (1948).

Morgenthau sostiene que los Estados actúan priorizando su interés nacional y que por ende la política internacional está determinada por la búsqueda del poder en un entorno en el que no existe una autoridad supranacional capaz de imponer el orden (Azzara et al.,2022). Aplicado a las relaciones sino-taiwanesas, este principio revela que China no concibe la reunificación de la isla meramente como una estrategia geopolítica, si no como una condición *sine qua non* para la afirmación de su hegemonía en Asia. La doctrina de “Una sola China” trasciende la simple disputa territorial; se trata de una reafirmación ontológica de su poder y primacía en el orden

regional , donde la fuerza y la coerción diplomática son herramientas legítimas para la consecución de sus fines (Azzara et al.,2022). Asimismo, el realismo estructural de Kenneth Waltz enfatiza que la configuración del sistema internacional empuja a los actores estatales a actuar para garantizar su supervivencia. China busca impedir que Taiwán estreche sus lazos con Estados Unidos, ya que una alianza con el gigante estadounidense disrumiría el equilibrio de poder regional. Por lo tanto, la percepción de amenaza es mutua: mientras que para China Taiwán representa una pieza irremplazable para su estabilidad, Estados Unidos considera su defensa parte de su interés en la contención del ascenso chino (Antunes et al., 2018).

B. Liberalismo y la cooperación internacional

Por el contrario, el liberalismo se arraiga en la premisa según la cual los estados no se encuentran en constante competición frente al resto y por el contrario abogan por la cooperación como medio para alcanzar objetivos comunes. Bajo la óptica liberal, las instituciones internacionales, la interdependencia económica y la difusión de valores democráticos son clave para evitar confrontaciones y generar estabilidad. Uno de los pilares fundamentales de esta teoría es la idea de que las instituciones internacionales pueden mitigar la anarquía del sistema internacional defendida por los realistas, al instaurar normas de comportamiento y promover la diplomacia como herramienta para la resolución de conflictos. Adicionalmente, el liberalismo según autores como Keohane y Nye enfatiza la interdependencia económica como mecanismo disuasorio de conflictos, dado que los costos de una confrontación entre Estados altamente interconectados serían excesivamente altos para ambas partes involucradas (Löhrer, 2022).

Aplicado al conflicto entre China continental y Taiwán, nos permite comprender la relevancia del comercio bilateral y la cooperación internacional en las relaciones entre ambos actores. A pesar de la creciente presión política y militar por parte de Beijing, las relaciones económicas entre ambos han sido en numerosas ocasiones, el único factor de estabilidad en el conflicto. Tal es así que durante la década de 2000, paradójicamente a la par que continuaban las tensiones políticas, Taiwán aumentó significativamente su comercio con China continental y sigue siendo uno de los principales exportadores para el país (Löhrer, 2022). Asimismo, la membresía de Taiwán como gobierno oficial en organismos internacionales o acuerdos multilaterales podría contribuir a su reconocimiento en la comunidad global, pero la influencia china ha obstaculizado su integración en foros como la ONU o la OMS, poniendo de manifiesto las limitaciones del liberalismo en un entorno donde el poder de veto de los grandes gigantes puede restringir el acceso a la cooperación institucional (Löhrer, 2022). En términos diplomáticos, la

estrategia de Taipéi se ha basado en la promoción de su sistema democrático como un activo de *soft power*; diversificando sus relaciones internacionales a través de acuerdos bilaterales y aliándose con países abanderados de valores liberales y democráticos. Sin embargo, el hecho de que el gobierno taiwanés sea una democracia consolidada no ha generado mayores niveles de cooperación con el gobierno comunista chino, ni ha evitado su estrategia de aislamiento diplomático.

Por lo tanto, el liberalismo tiene limitaciones en la explicación del conflicto, debido a que la exponencial militarización de China y su persistencia en la consolidación de su dominio sobre Taiwán han mermado el margen de maniobra de aquellas estrategias basadas en la diplomacia y la cooperación económica. Resulta innegable reconocer el papel de la interdependencia económica como factor estabilizante, pero esta no ha sido suficiente para disminuir la presión ejercida sobre la antigua isla de Formosa debido a la asimetría de poder entre ambas partes (Löhrer, 2022). Los motivos que subyacen detrás de esta no son de naturaleza cooperativa, sino orientados a la consecución de poder; en este caso económico. Si bien el liberalismo nos brinda una perspectiva optimista sobre la capacidad de la diplomacia y la economía para influenciar en esta disputa, la realidad es que la dinámica de poder y coerción impuesta por China nos induce a pensar en este caso que la estructura de poder prima por encima de la cooperación internacional; limitando significativamente la utilidad del liberalismo como marco analítico.

C. Concepto de Estado

La definición de estado resulta imperativa para entender la controversia respecto a la cuestión de soberanía y reconocimiento internacional del estatus del gobierno de Taiwán. Según lo estipulado en la Convención de Montevideo de 1933, tratado parte de la Séptima Conferencia de Estados Americanos, un estado debe cumplir una serie de cuatro atributos para obtener la consideración como tal. Son estos principios vertebrales los que guían el reconocimiento de un estado en el derecho internacional y para la admisión de países en organizaciones como la ONU. El artículo 1 de la Convención de Montevideo recoge los cuatro atributos estatales requeridos de la siguiente manera:

1. Un territorio definido. No podemos hablar de estado sin una tierra propia, a la cual no se aplican restricciones en tamaño o forma geográfica.
2. Una población permanente. Un estado requiere ser habitado por sus ciudadanos, población a la cual no se le aplican restricciones en tamaño o volumen.

3. Un gobierno independiente. No se concibe un estado sin la correspondiente autoridad o gobierno formal a través del cual cada estado debe poder ejercer su soberanía.
4. Habilidad para establecer relaciones con otros estados. Este requisito ha perdido fuerza en detrimento del aumento de actores supranacionales en el siglo XXI que pueden establecer relaciones con otros estados, como bien pueden ser las organizaciones internacionales.

Taiwán cuenta con un territorio delimitado, una población y un gobierno, que opera de manera autónoma pero no se ha declarado formalmente como independiente; de hecho se trata de un territorio auto-gobernado que mantiene su *status quo*. Sin embargo, el cuarto criterio, la habilidad para relacionarse con otros estados, se ve obstaculizado por la política de aislamiento internacional que impide la obtención del reconocimiento oficial del gobierno de Taiwán como el gobierno oficial de China. Es por ello por lo que no podemos hablar de Taiwán como un estado en base a los criterios establecidos en la Convención de Montevideo. No obstante, esto no ha frenado al gobierno taiwanés que sigue actuando como el gobierno *de iure* manteniendo relaciones diplomáticas informales con numerosas naciones y participando en foros internacionales mediante mecanismos alternativos.

China postula el reconocimiento formal de la comunidad internacional como el único criterio legítimo para ser considerado como estado, premisa bajo la cual Taiwán es meramente una provincia rebelde que carece de soberanía propia. Es precisamente a través del principio “Una sola China” que veremos en profundidad a continuación, en el que se establece que un país no debe reconocer a la ROC y a la RPC puesto que ambos defienden ser el único gobierno legítimo de China. Taiwán argumenta que la efectividad del gobierno y el reconocimiento de su población hacia el gobierno son factores suficientes para otorgarle legitimidad, a pesar de no contar con pleno reconocimiento oficial.

Consecuentemente, las estrategias diplomáticas de Taiwán dependen en gran medida de su estatus internacional de “no estado soberano” para la mayoría de países, teniendo que recurrir a estrategias alternativas como lazos comerciales y políticos de carácter informal y no diplomático con potencias como Estados Unidos o Japón; o la participación en organismos internacionales como la OMC o la OMS bajo denominaciones ambiguas como “*Chinese Taipei*” o bajo el estatus de observador. Tal es así, que Taiwán no cuenta con embajadas oficiales de representación en el exterior, si no con oficinas comerciales al no contar con el estatus diplomático para ello.

D. Instrumentos de *soft power*

Otro concepto clave para enmarcar nuestro análisis dentro de un marco teórico es el *soft power*, término acuñado por Joseph Nye y que se define como la capacidad de un Estado para influenciar en otros actores internacionales sin recurrir a la coerción militar o económica y haciendo uso de la atracción, la persuasión y la construcción de una imagen positiva en la comunidad internacional (Nye, 1990). Nye teorizó que los estados deberían adaptarse a un nuevo contexto global en el que el control de la esfera política y la capacidad coercitiva iría más allá de la fuerza militar; serían necesarias nuevas fuentes de poder también conocidas como *soft power* entre las que englobaría la cultura, valores y políticas (Nye, 1990). En contraposición al uso de la fuerza de la que se nutre el *hard power*, el *soft power* opera a través de la capacidad de un Estado para proyectar su influencia de manera sutil pero profunda, logrando que otros actores alineen sus intereses de forma voluntaria. Los instrumentos del *soft power* se articulan a través de distintos ámbitos, siendo el más relevante para nuestro análisis la diplomacia pública ya que permite a los estados moldear percepciones a través de embajadas y misiones internacionales que abanderan sus valores y políticas. A continuación encontraríamos la cultura y la educación como herramientas que facilitan la difusión de narrativas favorables; así como la cooperación internacional y la ayuda al desarrollo ya que generan lazos de dependencia con los países receptores. Por último, la influencia económica y tecnológica es otra herramienta estratégica para arraigar alianzas y proyectar estabilidad.

En el conflicto entre China continental y Taiwán, el *soft power* adopta una dimensión central puesto que ambas partes han empleado estas herramientas en su pugna por el reconocimiento internacional. China, respaldada por su buoyante poder económico y peso en organismos multilaterales, ha desplegado su *soft power* mediante la diplomacia del reconocimiento, condicionando inversiones y acuerdos comerciales a la ruptura de lazos con Taiwán, como prueba de ello resulta su *Belt and Road Initiative*. Su contraparte taiwanesa ha basado su plan de acción en la diplomacia informal y el liderazgo en tecnología avanzada, promocionando sus valores democráticos como herramientas de atracción en la arena internacional.

Cabe destacar que el ascenso del *soft power* no implica el detrimento del *hard power*, este sigue demostrando su efectividad como medio para lograr la consecución de determinados objetivos. La ecuación resulta sencilla: el *soft power* ostenta un rol clave en cincelar las políticas globales, aunque en ocasiones subestimado, y es obligación del estado implementar estas políticas no coercitivas de tal forma que queden alineadas con su estrategia de política exterior.

E. Principio de Una sola China

Como parte final de este marco teórico, desarrollaremos el principio de “Una sola China” ya que es el fundamento ideológico y normativo sobre el que se contruye la diplomacia china. Durante los mandatos de Chiang Kai-shek y Chiang Ching-kuo, Taiwán coincidía con la RPC en este principio al afirmar que sólo hay una China en el mundo, que Taiwán y China continental son partes indivisibles de China, y que la soberanía e integridad territorial de China no deben fragmentarse (Esteban, 2005). Actualmente este postulado político es sostenido por la RPC y afirma la existencia de una única China soberana de la cual Taiwán es una parte inalienable (Jash, 2024). Este principio presupone que cualquier nación que desee establecer relaciones diplomáticas formales con la RPC debe reconocerla como el único gobierno legítimo de China, conllevando la ruptura de lazos oficiales con el gobierno de la ROC. Este principio es la piedra angular de la política exterior de la RPC, orientada a mantener la integridad territorial y la unidad nacional. Para China, cualquier intento de reconocer a Taiwán como el gobierno soberano es una amenaza a su propia soberanía y constituye una afrenta a la historia e identidad nacional chinas. El principio de “Una sola China” ha moldeado las dinámicas diplomáticas globales, obligando a los estados a posicionarse respecto a Taiwán puesto que no permite interpretaciones alternativas.

F. Constructivismo

Al introducir este principio, resulta de imperiosa necesidad analizarlo desde la óptica del constructivismo, que contrariamente al liberalismo y al realismo, enfatiza que los factores ideacionales como las normas, las identidades y las ideas compartidas son los auténticos constructores de la realidad internacional. Según Alexander Wendt, uno de los autores centrales de esta corriente, la anarquía es lo que los estados hacen de ella, enfatizando que la estructura del sistema internacional no se rige por leyes naturales inmutables sino por significados intersubjetivos moldeados socialmente. Por ende, la política internacional no es de carácter estático sino maleable, y en base a ello los estados pueden transformar sus intereses y relaciones mediante cambios en sus identidades colectivas y percepciones mutuas. Al reconocer la importancia de la conciencia social y la subjetividad dentro del contexto histórico, el constructivismo ofrece respuestas a aquellas incógnitas que las teorías materialistas no logran responder, como el fin pacífico de la Guerra Fría (Löhrer, 2022).

A través de un enfoque constructivista, el principio de “Una sola China” no es entendido como una mera afirmación legal o estrategia geopolítica; se trata de una construcción social

profundamente arraigada en las identidades políticas de ambos actores involucrados. El principio es el reflejo de la narrativa histórica de la RPC en la que el concepto de “China” pasa por englobar a Taiwán como parte inalienable de su territorio. Desde esta óptica, dicha narrativa no es una verdad objetiva sino una construcción ideacional que representa simbólicamente el orden internacional que Beijing ha logrado institucionalizar mediante mecanismos diplomáticos, normativos y discursivos. Paralelamente, la identidad política de Taiwán ha mutado en las últimas décadas hacia una percepción de nación diferenciada gracias a los procesos de democratización y taiwanización que le han diferenciado culturalmente con respecto a China continental. Es precisamente la construcción de una identidad taiwanesa propia lo que desafía la validez del principio de “Una sola China”, al proponer que en esta nueva ontología de Taiwán como ser político, este no se trata de una provincia rebelde de una China unificada sino de un sujeto autónomo dotado de carácter internacional. Mediante este prisma el conflicto trasciende lo legal o territorial, ya que se trata de una colisión ontológica en la que chocan dos estructuras ideacionales incompatibles acerca de qué y quién constituye China (Löhrer, 2022).

En este marco, la diplomacia va más allá de ser un simple instrumento para la maximización de poder o la obtención de incentivos económicos, es un campo simbólico en el que se negocian significados, se forjan identidades y se reconfiguran estructuras normativas. La insistencia diplomática china respecto al principio de “Una sola China”, al igual que los esfuerzos taiwaneses por obtener reconocimiento internacional bajo su propio nombre, responden a una lucha intersubjetiva por definir la realidad legítima del orden internacional (Löhrer, 2022). Por lo tanto, el constructivismo permite comprender el conflicto entre China y Taiwán no como una disputa inevitable en un sistema anárquico, si no como una lucha tremendamente simbólica y en perenne transformación que se nutre de percepciones, normas y narrativas que pese a una aparente solidez, son siempre susceptibles de ser reconfiguradas por los propios actores.

IV. ANÁLISIS

A. Estrategias diplomáticas de China y Taiwán

i. Diplomacia china: consolidación de la “Política Una sola China”

A la hora de disertar acerca de las estrategias diplomáticas de China, hemos de partir de una serie de aclaraciones primordiales para enmarcar este análisis. La primera de ellas es que con

carácter oficial, el presidente actual de China es Mao Zedong, cuyo fallecimiento en 1976 no detuvo su consideración de líder supremo tanto en el plano terrenal como en el más allá. De aquí en adelante, los líderes políticos que le sucederían ostentan el cargo de secretario general, puesto que el presidente en funciones continúa siendo Mao.

Asimismo, hemos de considerar que la totalidad de la diplomacia china se cimenta en el principio de “Una sola China” como eje central, mencionado anteriormente en el marco teórico de este trabajo. A partir del postulado según el cual sólo hay un gobierno legítimo que representa a la totalidad de China (incluyendo Taiwán), los líderes chinos han empleado este principio como herramienta diplomática para estrechar el cerco sobre el reconocimiento internacional y margen de maniobra de Taiwán. El principio de “Una sola China” comenzó a formalizarse en 1992 con el denominado Consenso de 1992; un acuerdo tácito entre ARATS y SEF, dos asociaciones semioficiales de China y Taiwán respectivamente, que desde la década de los 90 han sido las encargadas de establecer contactos a ambos lados del estrecho a falta de relaciones formales (Oficina Económica y Cultural de Taipéi, 2025). Este consenso informal establece que ambas partes reconocen la existencia de una única China, aunque con interpretaciones distintas acerca de qué gobierno es el legítimo representante. La posterior negación de este consenso por parte de presidentes taiwaneses sería foco de conflicto en los años futuros, tal y como se verá en profundidad en el siguiente apartado.

En 1978, tras la muerte del gran líder Mao Zedong, Deng Xiaoping asumió la dirección de una China mermada por el comunismo. Los estragos de la pobreza y la escasez económica marcarían profundamente el discurso de Deng Xiaoping, que llevaría a cabo una diplomacia del desarrollo basada en el *wushi zhuyi* (pragmatismo). Obcecado en sacar adelante el país, Deng Xiaoping priorizó el desarrollo económico y la estabilidad de la nación por encima de la confrontación ideológica. En contraposición a la era de Mao Zedong, que luchaba a favor del comunismo con fiereza frente a Occidente, Deng siguió la estrategia de *taoguang yanghui* 韬光养晦, que se traduce en ocultar el brillo y ganar fuerza en la sombra. Esta filosofía diplomática implicaba evitar protagonismos innecesarios en la arena internacional, enfocarse en la modernización interna y alejarse de cualquier conflicto que pudiese acarrear un ralentizamiento del crecimiento económico. Uno de los hitos más emblemáticos de este enfoque fue el restablecimiento de relaciones con EEUU tras la visita de Richard Nixon a China en 1972. Deng ahondó en este acercamiento en los años posteriores, reconociendo que la cooperación con los americanos era esencial para obtener acceso a tecnología y capital

extranjero. Asimismo, en el ámbito regional, Deng Xiaoping logró resolver pacíficamente disputas fronterizas con la Unión Soviética y recuperar Hong Kong en 1997 bajo el principio “Un país, dos sistemas”, evitando conflictos y asegurando la estabilidad económica de la región. Su legado diplomático radicó en la habilidad para equilibrar los intereses nacionales con una prudente estrategia internacional que le permitiese sacar el país adelante (Amako, 2014).

Mientras que Mao Zedong buscaba reconocimiento global en la confrontación ideológica, Deng comprendió que el discurso era en vano si no se lograba un fortalecimiento de la base material del estado. Su diplomacia basada en mantener un bajo perfil permitió que China consolidara su economía sin despertar la oposición abierta por parte de las potencias occidentales. Sin embargo, esta estrategia albergaba una dimensión filosófica más profunda; la idea de que el poder no necesita proclamarse, sino demostrarse a través de hechos concretos. Esta visión se transformaría con los presidentes que le sucederían, evolucionando con el paso de los años (Amako, 2014).

A su sucesión, Jiang Zemin fue el primer líder chino en consolidar el principio de “Una sola China” en la diplomacia moderna, presidente desde 1993 hasta 2003. En 1995, Jiang presentó una propuesta conocida como los “Ocho Puntos”, que reclamaba la soberanía china en ciertos territorios como el Mar de China Meridional y enfatizaba la importancia del principio de “Una sola China”; poniendo de manifiesto su desacuerdo con cualquier asomo de crear dos Chinas (de Prado, 2016). A la par que se incrementó la presión diplomática sobre aquellos países que reconocían a Taiwán, China utilizó su creciente poder económico para persuadir a gobiernos de todo el mundo a cortar relaciones con Taiwán a través de incentivos monetarios. Jiang Zeming implementó una política de integración económica para aumentar la dependencia de Taiwán hacia el mercado chino, promoviendo inversiones bilaterales y flujos comerciales paralelos a su agresiva campaña diplomática.

No obstante, durante este periodo también se sucedieron las tensiones militares puesto que entre 1995 y 1996 el gobierno de Jiang llevó a cabo pruebas con misiles y maniobras militares en el estrecho como respuesta a la visita del presidente taiwanés Lee a EEUU; a fin de intimidar antes de las elecciones presidenciales en Taiwán. Dicho despliegue conllevaba un doble objetivo: disuadir a la isla de continuar con su tendencia proindependentista y enviar un nítido mensaje a Washington acerca de los riesgos que correrían si apoyaban la soberanía de la isla. Según Andrew Scobell, podemos interpretar esta crisis a través de dos prismas: o bien

representó un cambio beligerante en la política de Jiang hacia Taiwán, aumentando el riesgo de guerra; o bien se trató de una maniobra de guerra simbólica inspirada en estrategias tradicionales chinas como las descritas en *El arte de la guerra* de Sun-Tzu; cuya pretensión era intimidar sin llegar al combate real. Scobell concluye que, si bien la crisis fue seria, Jiang Zeming nunca tuvo la intención real de iniciar un conflicto armado (de Prado, 2016). Las tensiones no cesaron y alcanzaron un punto álgido en 1999, tras declaraciones del presidente Lee en las que manifestó que las relaciones con China eran de carácter “estado a estado”, lo que fue interpretado por Beijing como un paso hacia la independencia. La respuesta china fue nuevamente la escalada militar y el inicio de un período de enfriamiento en las relaciones que se extendió hasta 2008, con la suspensión del diálogo oficial entre SEF y ARATS.

Durante su presidencia, la diplomacia china se convirtió en el instrumento clave para la expansión económica del país. Su estrategia se fundamentó en la globalización y el multilateralismo, promoviendo la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio en el año 2001. Este hito consolidó a Beijing como un actor primordial en la economía global, impulsado por la política de lazos comerciales como forma de ejercer influencia a través de préstamos e inversiones estratégicas en Asia, África o América Latina para fortalecer la presencia china.

Con la sucesión de Hu Jintao en el cargo de secretario general, se comienza a virar hacia un concepto de ascenso pacífico para apaciguar los ánimos en la comunidad internacional respecto a la creciente influencia de China. Durante su mandato, Jintao empleó la diplomacia económica y cultural para proyectar una imagen más amigable en la que China se percibía como una potencia global benévola. Jintao también fortaleció la diplomacia multilateral, participando activamente en foros internacionales como la OCS y ASEAN. Su administración también enfatizó el estrechamiento de las relaciones con África a través del Foro de Cooperación China-África, donde Beijing ofertó grandes sumas de asistencia e inversión a cambio de acceso a recursos estratégicos (Hung, 2017).

Tal y como hizo su predecesor Jiang Zemin, Hu Jintao continuó enfatizando la importancia del Consenso de 1992 como base para las negociaciones con Taiwán; a la par que fortalecía sus lazos diplomáticos partido a partido con el KMT. Uno de los eventos clave en esta política fue la reunión en 2005 entre Hu Jintao y Lien Chan, el entonces presidente honorario del KMT; a pesar de que el DPP ostentaba el poder en Taiwán con Chen Shui Bian. Durante esta visita, ambas partes acordaron cinco puntos clave de compromiso entre los que incluyeron el respaldo

al Consenso de 1992, la necesidad de incentivar la cooperación económica, la creación de una plataforma de diálogo entre partidos, la evasión de hostilidades y la facilitación hacia una mayor participación de Taiwán en foros internacionales aunque siempre bajo la premisa de “Una sola China” (Hung, 2017). Cabe destacar que estos acuerdos no tenían carácter oficial ni legal, puesto que el KMT era la oposición en el Taiwán del momento liderado por el DPP, pero sentaron las bases para las negociaciones posteriores entre ambos países, especialmente tras la llegada al poder del KMT con Ma Yin-jeou en 2008.

La elección del nuevo presidente taiwanés propició el acercamiento diplomático entre ambas potencias, creándose dos “Fórmulas de Dieciséis Caracteres” a través de las cuales Ma y Hu trataban de establecer acuerdos de interés común y poner fin a las disputas. Esta situación de mutuo beneficio era un claro ejemplo del “*your gain can be my gain*” de Joseph Nye (de Prado, 2016). A pesar de su enfoque en el desarrollo estatal pacífico, Hu Jintao también mantuvo una postura firme e inamovible contra las pretensiones de independencia de Taiwán. Su gobierno promovió la Ley Antisecesión de 2005, la cual establecía la posibilidad del uso de la fuerza militar en caso de que Taiwán declarase formalmente su independencia (Observatorio de Política China, 2010). Esta política sirvió como disuasión explícita contra las tendencias independentistas y reforzó el mensaje de que la reunificación era un objetivo innegociable .

La diplomacia de Jintao centrada en la cooperación multilateral e integración regional utilizó diplomacia económica como instrumento de acercamiento a Taiwán, promoviendo inversiones y vínculos comerciales. Prueba manifiesta de ello fueron la compra de productos agrícolas taiwaneses y el establecimiento de foros económicos, culturales y comerciales a través del estrecho, conocidos como los Foros KMT-CCP, que se iniciaron en 2006 y se consolidaron como espacios de intercambio entre empresarios, políticos y académicos de ambos lados (Hung, 2017). Mediante esta plataforma de diálogo, se fortalecían los lazos económicos a la par que se legitimaba la influencia china en la política taiwanesa.

El cambio estratégico del liderazgo de Hu Jintao no rechazó el uso de métodos no pacíficos, pero optó por priorizar la cooperación en áreas de interés mutuo a pesar de las diferencias existentes. Su gobierno era consciente del riesgo que comportaría una reacción desmesurada, ya que como sostenía Nye, el mayor poder a la hora de gestionar el poder es el miedo; el *hard power* sigue ejerciendo su efectividad, pero el *soft power* ocupa un lugar cada vez mayor (de Prado, 2016). Su mandato consolidó un modelo de acercamiento que favoreció la cooperación económica y un ascenso pacífico de China a nivel mundial, a la par que mantenía una tajante

postura contra cualquier movimiento de independencia, asentando las bases para la estrategia de su sucesor Xi Jinping.

Desde su llegada al poder en 2013, Xi Jinping ha reconfigurado la praxis diplomática de China bajo una corriente de mayor agresividad, donde el principio de “Una sola China” opera no sólo como un postulado ontológico del Estado, si no también como un instrumento de coerción económica y política. En este marco, su gobierno ha intensificado la presión ejercida sobre aquellas naciones que sostienen vínculos con Taiwán, generando una reestructuración del orden diplomático en la región. Como consecuencia, estados como Panamá, El Salvador o República Dominicana han sido inducidos a redefinir su posición geopolítica mediante la ruptura de sus lazos oficiales con Taipéi.

Durante años, la idea de que China aspiraba al liderazgo global parecía remota. Sin embargo, recientes iniciativas impulsadas por Xi Jinping como la Iniciativa de Desarrollo Global (GDI) y la Iniciativa de Seguridad Global (GSI) demuestran la intención de Beijing de ocupar un papel más prominente en los asuntos internacionales. Concretamente, la GDI busca profundizar la cooperación en áreas tales como infraestructura, comercio inversión e innovación tecnológica; mientras que la GSI se centra en la seguridad global y la cooperación militar (Van Oudenaren, 2022). En Septiembre de 2022, Xi Jinping realizó su primera gira diplomática desde el inicio de la pandemia de COVID-19, visitando Kazajistán y Uzbekistán con motivo de asistir a la cumbre de la OCS. En su discurso, resaltó que el mundo se encontraba en una era turbulenta y que la GSI contribuiría a mejorar la seguridad global a través de una cooperación más estrecha con aliados estratégicos. Otra de las piezas claves del discurso promovido por el presidente Xi es la vinculación de la restauración del liderazgo chino con la historia de la civilización china, reafirmando su rol central en Asia y en el mundo.

Esta estrategia de liderazgo responde a su segundo objetivo centenario, fijado para 2049, que busca erigir a China como la principal potencia mundial en términos de fuerza económica y bélica (Van Oudenaren, 2022). Consecuentemente, China no ha dudado en hacer uso de esta fuerza, tal y como manifestó al imponer restricciones comerciales a Australia en represalia por sus posturas políticas de apoyo informal a Taiwán o realizando ejercicios militares alrededor de la isla tras la visita de Nancy Pelosi en 2022, presidenta de la Cámara de Representantes de EEUU, en lo que se conoce como la Cuarta crisis del Estrecho de Taiwán. Estas maniobras buscaban proyectar una demostración de fuerza previa al 20º Congreso del Partido Comunista, reafirmando la postura de Xi Jinping sobre la reunificación de Taiwán (Van Oudenaren, 2022).

En el ámbito internacional, la diplomacia china ha trabajado activamente para reducir el margen de maniobra de Taipéi en organismos multilaterales, como ocurrió en 2016 cuando Beijing cuestionó la participación de Taiwán en la OMC. Esta estrategia busca debilitar la posición internacional de Taiwán sin necesariamente recurrir al enfrentamiento militar de forma sistemática. En cuanto a la diplomacia multilateral, Xi ha buscado posicionar a China como líder en la reforma de la gobernanza global, mediante una doble estrategia que promueve la creación de instituciones alternativas no dominadas por Occidente como el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura y aumentando su presencia en organismos internacionales como la ONU, el FMI o el Banco Mundial. Beijing ha sido una de las grandes promotoras del BRICS como corriente paralela al orden internacional dominado por Estados Unidos. Su administración también ha adoptado una política más agresiva en cuestiones territoriales como el Mar de China Meridional o Hong Kong, endureciendo su retórica de soberanía y escalando tensiones contra Taiwán (Hung, 2017). En 2019, el presidente reiteró la necesidad imperiosa de reunificarse con la antigua isla de Formosa aplicando la fórmula de “Un país, dos sistemas” implementada en el caso análogo de Hong Kong. En la teoría esta fórmula haría posible la preservación del sistema económico y político taiwanés con un elevado nivel de autonomía, pero tal y como muestra la práctica en Hong Kong, la realidad dista mucho de ser esa (Maizland & Fong, 2025). La diplomacia china bajo la férrea mano de Xi Jinping ha evolucionado de una estrategia de mantener un bajo perfil a luchar por logros, consolidando su influencia en organismos internacionales y ampliando su red de aliados para enfatizar su dignidad como gran potencia.

Se concluye pues, que China ha desplegado una estrategia diplomática de múltiples frentes en su relación con Taiwán, combinando poder blando, presencia exponencial en foros multilaterales, integración económica y coerción política. Su enfoque ha mutado de una postura basada meramente en la confrontación militar a una táctica de asimilación progresiva mediante el comercio, la presión militar, la diplomacia pública y la manipulación de la política interna taiwanesa. En última instancia, la estrategia diplomática de China no sólo busca la anexión de la antigua isla de Formosa, si no también la consolidación de su modelo de influencia global en el que la coerción y la seducción coexisten como mecanismos de control en su relación con el resto del mundo.

Figura 4. Línea del tiempo de los presidentes de China de 1949- 2025.

Mao Zedong (1949–1976)	• Partido Comunista Diplomacia ideológica y confrontación con Occidente. Centrado en el comunismo y la lucha contra el imperialismo. Consideración como líder supremo tras su muerte.
Den Xiaoping (1978–1992)	• Partido Comunista Diplomacia pragmática, enfoque en el desarrollo económico y la modernización interna. Restablecimiento de relaciones con EEUU.
Jiang Zemin (1993–2003)	• Partido Comunista Consolidación del principio de "Una sola China". Aumento de la presión diplomática sobre Taiwán. Integración económica y militar con el resto de países a nivel mundial
Hu Jintao (2003–2013)	• Partido Comunista Diplomacia multilateral y ascenso pacífico. Fortalecimiento de relaciones con África, Europa y el Sudeste Asiático. Uso de la diplomacia económica.
Xi Jinping (2013–actualidad)	• Partido Comunista Diplomacia agresiva. Fortalecimiento del poder económico y militar. "Una sola China" como eje central.

Fuente: Elaboración propia.

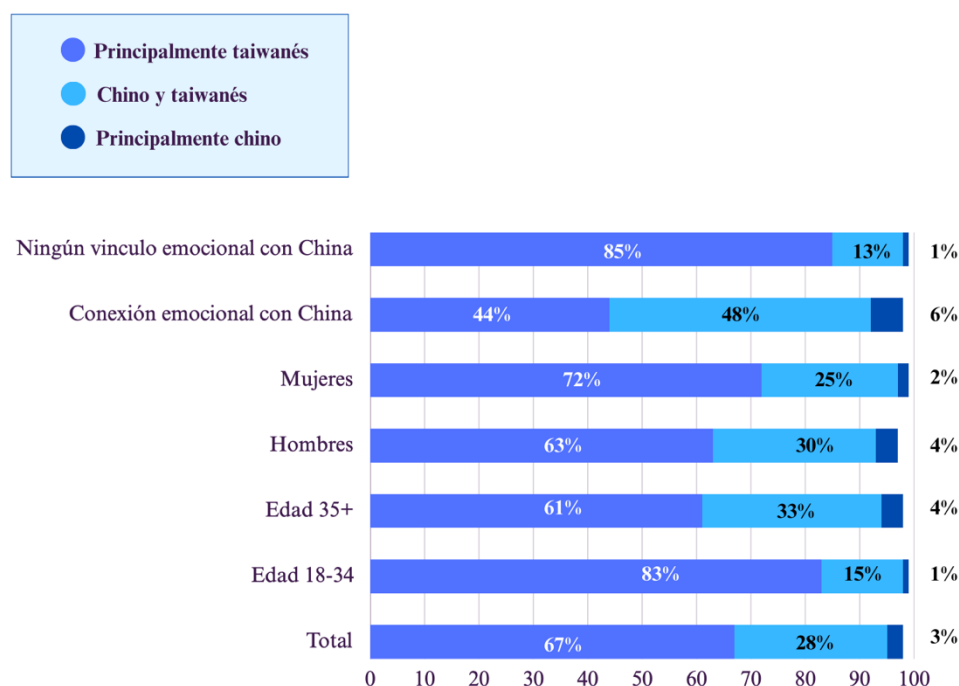
ii. Diplomacia taiwanesa: resistencia y reconocimiento internacional

En primer lugar, para comprender en profundidad las estrategias diplomáticas de Taiwán, resulta imprescindible analizar el posicionamiento de sus dos principales fuerzas políticas: el Kuomintang (KMT) y el Partido Progresista Democrático (DPP). El KMT, en sus orígenes, se erigió como el representante legítimo del gobierno de toda China, sosteniendo la reivindicación de que la ROC debía ejercer su autoridad sobre el territorio continental, ocupado ilegítimamente por el Partido Comunista Chino tras la cruenta guerra civil. Esta concepción se manifestó en el reconocimiento internacional que la ROC mantuvo hasta 1971, cuando su asiento en las Naciones Unidas como representante oficial de China fue transferido a la RPC, consolidando así el desplazamiento diplomático de Taiwán en el ámbito internacional. Con el paso del tiempo, el KMT ha moderado su postura inicial, abandonando la pretensión de gobernar China continental y orientándose hacia una política de estabilidad en las relaciones con Beijing (Connelly, 1996). En la actualidad, su estrategia se basa en preservar un delicado equilibrio, abogando por la continuidad del status quo en el que Taiwán mantiene un funcionamiento autónomo como Estado de facto, sin provocar una confrontación directa mediante una declaración formal de independencia.

El DPP, fundado en 1986, surgió en contraposición al régimen autoritario del KMT; abanderando la democracia y la justicia social. Desde sus inicios, el DPP ha instigado la autodeterminación de Taiwán, rechazando el principio de “Una sola China” y enfatizando la identidad taiwanesa independiente (Leal, 2009). Consecuentemente, el partido ha sostenido que Taiwán es una nación soberana alienada de la RPC que posee el derecho a la autodeterminación. Esta postura se fundamenta en la “Resolución sobre el Futuro de Taiwán” de 1999 aprobada por el DPP, que afirma que cualquier cambio en el estatus político de la isla debe ser decidido por sus habitantes mediante referéndum. Actualmente, bajo el liderazgo del presidente electo Lai, el DPP continúa promoviendo la identidad taiwanesa y la soberanía nacional.

A pesar de mantener su rechazo al principio de “Una sola China”, el partido ha adoptado una postura más pragmática que busca mantener el status quo y evitar provocaciones que puedan implicar una escalada de tensiones con Pekín. Esta estrategia trata de compaginar la afirmación de la autonomía de Taiwán con la estabilidad regional, evolucionando desde una postura independentista hacia una política exterior más cautelosa y diplomática (Leal, 2009). Encabezando las dos últimas victorias electorales consecutivas, el ascenso del DPP refleja una transformación en la autopercepción identitaria de la sociedad taiwanesa, cada vez más desvinculada de la noción de una identidad compartida con China. En este sentido, la consolidación de un sentimiento de pertenencia taiwanés se manifiesta en los datos: un 67% de la población se identifica como exclusivamente taiwanesa, mientras que un 28% se sienten tanto chinos como taiwaneses y apenas un 3% se preciben únicamente como chinos (Huang, 2024).

Figura 5. Distribución identidad social de los taiwaneses en 2023.



Fuente: Elaboración propia en base a los datos del Pew Research Center

Una vez esclarecido el escenario político en Taiwán, se continuará con las estrategias diplomáticas concretas del mismo. La antigua isla de Formosa ha desplegado una diplomacia multifacética a fin de sortear el aislamiento internacional impuesto por Pekín. Taiwán ha basado su diplomacia en tres pilares fundamentales: el mantenimiento de sus relaciones oficiales con una reducida pero significativa cantidad de países, su participación en organismos internacionales a través de canales informales y el uso de incentivos económicos, también conocido como “*checkbook diplomacy*”, para garantizar el apoyo de ciertos Estados (Nemeskeri & Zaldori, 2020). A lo largo de las décadas, sus estrategias han oscilado entre la diplomacia tradicional y el uso del *soft power* como herramienta para ganar aliados y mantener su autonomía; enmarcando este análisis desde la década de los 80 hasta la actualidad.

Desde la presidencia de Lee Teng-hui (1988-2000), Taiwán ha intentado consolidar su identidad internacional mediante estrategias diplomáticas innovadoras. Lee fue el promotor de la diplomacia flexible, que aunaba esfuerzos para mantener relaciones oficiales con la minoría de estados que reconocen a Taiwán y la expansión de relaciones de carácter informal con actores clave. Durante su mandato impulsó la conocida como “diplomacia del dólar”, a través de la cual Taiwán ofrecía ayuda económica y sustanciosos proyectos de infraestructura a países

en desarrollo para mantener su reconocimiento oficial (Jie, 2002). Es precisamente desde el mandato de Lee cuando se puede empezar a hablar de una diplomacia pragmática, enfocada en la obtención de relaciones diplomáticas plenas de carácter oficial o bien de un reconocimiento parcial que de cierta manera reforzase su perfil como estado soberano legítimo, tal y como expresó el ministro de Asuntos Exteriores Jason Hu. A través de acuerdos internacionales, representación en organismos o relaciones bilaterales se empieza a instar a la participación no sólo del gobierno central si no también del gobierno local y la sociedad para la consecución de la diplomacia total (*zongti waijiao*) en la que tanto actores estatales como no estatales jueguen un papel clave (Jie, 2002). Asimismo, durante la presidencia de Lee tuvo lugar el Consenso de 1992, que representó una concesión para Taiwán al abandonar la postura según la cual sólo la ROC representaba a China y pasando a considerar a la RPC como una entidad política equivalente. Sin embargo, a lo largo de la década de 1990 el gobierno taiwanés se inclinó progresivamente hacia la idea de “dos Chinas”, lo que llevó a una reacción hostil de Pekín. En 1995, Jiang Zemin respondió a este giro con la ya mencionada Propuesta de los Ocho Puntos, reafirmando la posición china y rechazando cualquier noción de una Taiwán independiente (de Prado, 2016).

Con la llegada del DPP al poder en el 2000, la estrategia diplomática del país experimentó un giro significativo. Bajo el liderazgo de Chen Shui-bian, se intensificó la búsqueda de una identidad taiwanesa independiente y se impulsaron los esfuerzos por ingresar en organizaciones internacionales como Naciones Unidas, a pesar del veto sistemático de China. Se logró parcialmente la victoria en organizaciones económicas como la APEC o la OMC, en la que ingresó como miembro en 2002 en calidad de “*Chinese Taipei*” (Jie, 2002). Asimismo, se estableció una intensa competición con China para obtener el reconocimiento diplomático de países en desarrollo, especialmente en América Latina, África y el Pacífico. Más allá de intensificar la competencia con China, este enfoque también fomentaba relaciones inestables que se basaban más en incentivos económicos que en un compromiso político genuino. No obstante, la retórica de Chen en pro de la soberanía taiwanesa escaló las tensiones con Beijing, limitando el margen de maniobra diplomático de la isla (Nemeskeri & Zaldori, 2020).

En contraste, el gobierno del KMT bajo Ma Ying-jeu durante 2008 hasta 2016 adoptó un enfoque más pragmático a través de la promoción de la denominada “diplomacia de tregua” con China. Este entendimiento informal evitó una confrontación abierta con Pekín e hizo de la estabilidad el objetivo primordial, evitando la competencia directa por el reconocimiento diplomático de los aliados de Taiwán y llevando a cabo acuerdos económicos y culturales. Se

implementar acuerdos con enlaces directos aéreos, comerciales y postales; reanudando las negociaciones en parte gracias a que se retomase el Consenso de 1992 bajo la interpretación de una relación especial, pero no de estado a estado (de Prado, 2016). Bajo esta tregua diplomática, se detuvo la política agresiva de “*checkbox diplomacy*” en la que China y Taiwán pugnaban por asegurar el apoyo de países en desarrollo a través de incentivos financieros; permitiendo que Taiwán conservase sus relaciones con los pocos aliados que le quedaban.

Uno de los hitos más significativos de la administración de Ma Ying-jeou fue la firma del Acuerdo Marco de Cooperación Económica (ECFA) con China en 2010. Este acuerdo facilitaba el comercio entre ambos lazos del estrecho, reduciendo aranceles y promoviendo inversiones mutuas; basado la premisa del presidente Ma de que un mayor acercamiento económico fomentaría la estabilidad política y reduciría tensiones entre ambos. Sin embargo, la firma del tratado de libre comercio CCSSTA con China acarreó desastrosas consecuencias para el presidente Ma, puesto que la falta de transparencia generó desconfianza en la sociedad taiwanesa y debilitó su credibilidad (de Prado, 2016).

En términos de participación internacional, su gobierno logró que Taiwán fuese invitado como observador a la APEC, la OMC, los Juegos Olímpicos y a la AMS en 2009 bajo la denominación de “*Chinese Taipei*”, un hito en la diplomacia que reflejaba una mayor flexibilidad por parte de China en este período de deshielo (Nemeskeri & Zaldori, 2020).

Sin embargo, el regreso al poder del DPP con Tsai Ing-wen en 2016 reactivó la estrategia de resistencia diplomática y un mayor enfriamiento de las relaciones con China continental. La tregua obtenida por Ma Ying-jeou carecía de garantías estructurales y se sustentaba más en la coyuntura política que en un acuerdo formal, por lo que se desmoronó con el cambio de gobierno en 2016. Tsai afianzó los lazos con EEUU y otras democracias occidentales, empleando la defensa de los valores democráticos como la punta de lanza de su política exterior. Tras la negativa de la presidenta a reconocer el Consenso de 1992, un acuerdo no oficial entre Taiwán y China que establecía la existencia de una sola China con interpretaciones diferentes por cada parte, Pekín intensificó su presión diplomática y económica. Se reanudó la ofensiva china para reducir aún más el reconocimiento diplomático de la isla, logrando que Taiwán perdiese varios aliados como El Salvador, Panamá o República Dominicana, mermando el número de países que lo reconocen oficialmente a poco más de una docena.

La diplomacia coercitiva a través de acuerdos económicos o inversiones se vio reflejada claramente en el caso de El Salvador, que rompió relaciones con Taiwán en 2018 ante las

promesas de inversión chinas. En respuesta a esta creciente presión, el gobierno de Tsai impulsó la *New Southbound Policy* encaminada a fortalecer lazos económicos, diplomáticos y culturales con países del Sudeste Asiático y Oceanía; incrementando la cooperación con actores estratégicos como India y Australia (Glaser et al.,2018).

Asimismo, la diplomacia ejercida por el gobierno de Tsai logró un fortalecimiento de la relación con EEUU en términos militares gracias a la venta de armamento valorado en millones de dólares y leyes como el Taiwan Travel Act (2018) y el Taiwan Assurance Act (2020) que refuerzan el compromiso estadounidense con la seguridad de la isla pero que a su vez han generado maniobras militares cada vez más hostiles por parte de China. La administración de Tsai redefinió la diplomacia taiwanesa bajo una lógica de resistencia activa al aislamiento impuesto por Pekín, promoviendo el reconocimiento informal y acercamiento económico y estratégico con aliados clave, en el marco de una diplomacia de resistencia y diversificación.

Por lo tanto, entre las principales estrategias de Taiwán a lo largo del tiempo podríamos destacar el uso de la “*checkbook diplomacy*” o *jing mao waijiao*, que proporcionaba ayuda financiera, inversiones y cooperación para el desarrollo a países que mantuviesen relaciones diplomáticas con la isla; estrategia empleada especialmente durante los gobiernos de Lee Teng-hui y Chen Shui-bian. Esta fue criticada por su alto coste y volátil efectividad a largo plazo, ya que el creciente poder adquisitivo de China le permitía ofrecer incentivos económicos mayores para que estos países cambiasen su lealtad a la RPC según sus propios intereses materiales. También hemos de recalcar el uso de la diplomacia pública, a través de la cual ha promovido su imagen como actor responsable en la comunidad internacional y abanderado en áreas como la democracia, los derechos humanos y la asistencia humanitaria. A pesar de contar con el acceso bloqueado a instituciones como Naciones Unidas, Taiwán ha logrado formar parte de organismos como la OMC bajo nombres alternativos como “*Chinese Taipei*”. Incluso más allá de la lucha por el reconocimiento diplomático, la diplomacia taiwanesa ha buscado internacionalizar el conflicto con China continental como medio para garantizar su supervivencia: al mantener abierta la cuestión de su estatus en foros internacionales evita que la narrativa de Pekín sobre la reunificación se consolide como un hecho consumado. Por ende, su estrategia sigue una lógica de equilibrio sistémico: al mantener el conflicto en la esfera global, Taiwán asegura que una eventual anexión por parte de China continental no pueda realizarse sin suponer un elevado coste político y diplomático para Pekín.

La trayectoria de la diplomacia taiwanesa pone de manifiesto que, en un contexto marcado por la asimetría de poder y la coerción diplomática, la resistencia política se articula tanto a través de la persuasión económica como de la reafirmación identitaria. Si bien estrategias como la *checkbook diplomacy* han permitido sostener una limitada base de reconocimiento formal, su impacto ha sido efímero y sujeto a las dinámicas del mercado geopolítico. Por el contrario, el viraje hacia una diplomacia basada en el fortalecimiento del *soft power*, la cooperación con democracias liberales y la internacionalización del conflicto ha permitido a Taiwán proyectarse como un actor con capacidad de influencia más allá de su estatus jurídico-formal. En este sentido, la diplomacia taiwanesa no es sólo un mecanismo de reconocimiento externo, si no herramienta de resistencia ante la hegemonía china y un testimonio de la lucha por la autonomía en un mundo donde el poder ya no es definido exclusivamente por el territorio, si no por la capacidad de construir narrativas globales.

Figura 6. Línea del tiempo de los presidentes de Taiwán de 1988- 2025.

Lee Teng-Hui (1988–2000)	• Partido Kuomintang (KMT) Impulsor de la “diplomacia flexible”. Tercera Crisis del Estrecho de Taiwán 1995–1996.
Chen Shui-Bian (2000–2008)	• Partido Progresista Democrático (DPP) Postura más independentista. Intentos de expansión en organismos internacionales.
Ma Ying-Jeou (2008–2016)	• Partido Kuomintang (KMT) Defensor de la diplomacia pragmática. Encuentro histórico con Xi Jinping en 2015.
Tsai Ing-Wen (2016–2024)	• Partido Progresista Democrático (DPP) Rechazó el Consenso de 1992. Estrategia de diversificación diplomática.
Lai Ching-Te (2024–actualidad)	• Partido Progresista Democrático (DPP) Mantiene la línea soberanista. Refuerzo de lazos con democracias afines.

Fuente: Elaboración propia

B. El papel del *soft power*, la economía y la tecnología en la influencia internacional

Joseph Nye define el *soft power* como la capacidad de obtener aquello que se desea a través de la atracción en lugar de la coerción. En un mundo donde el poder blando se ha convertido en la herramienta internacional para la proyección internacional de los estados, Taiwán emerge como caso paradigmático: aislada diplomáticamente y carente de reconocimiento internacional, ha debido recurrir a estrategias de persuasión para construir su imagen en la esfera global. El *soft power* de China y Taiwán es un reflejo de sus respectivas aspiraciones políticas, modelos de desarrollo y estrategias de legitimación en la arena internacional.

Mientras que China utiliza su poder blando para expandir su influencia global y consolidar su liderazgo en un orden internacional multipolar; en el caso taiwanés, la atracción se construye a través de dos ejes principales: su identidad democrática y su patrimonio cultural. Sin embargo, su enfoque ha sido tradicionalmente errático, dependiendo en gran medida del partido en el poder. Mientras que el DPP ha enfatizado la democracia como su principal activo de *soft power*, el KMT ha optado por promover la identidad cultural china de Taiwán, absteniéndose de confrontaciones directas con Beijing. Ambas partes de este conflicto comparten el mismo concepto, pero sus aplicaciones y estrategias difieren fundamentalmente en enfoque, alcance y legitimidad.

China basa gran parte de su *soft power* en su milenaria tradición cultural, que presenta como una alternativa al modelo occidental (Wang & Lu, 2008). Su proyección se basa en la difusión del idioma y la filosofía confuciana a través de los Institutos Confucio, que en 2016 ya contaban con más de 500 centros en 140 países como mecanismo para expandir la influencia china (Del Prado, 2016). En la región del Estrecho de Taiwán, estos institutos han servido como herramientas de persuasión para reforzar la idea de una sinidad compartida, presentando la cultura china como un lazo natural entre ambas orillas (Del Prado, 2016). La narrativa china busca enfatizar su continuidad histórica y la proyección de su influencia cultural más allá de sus fronteras.

Asimismo, ambas partes han buscado construir una narrativa global que favorezca sus respectivas posturas. China ha desarrollado un sofisticado aparato mediático para proyectar su narrativa en el exterior. Medios estatales como CCTV, Xihua y Global Times han sido utilizados para difundir una imagen positiva del crecimiento chino y deslegitimar las posturas independentistas taiwanesas. Mediante alianzas con medios extranjeros, China ha presionado en la forma en la que la prensa internacional aborda el tema de Taiwán, enfatizando la reunificación como una necesidad histórica y minimizando los aspectos democráticos de la isla (Del Prado, 2016). En Taiwán, China ha empleado redes sociales y desinformación para influir en la opinión pública. Prueba de ello, en 2016 durante la campaña electoral de Tsai Ing-wen, se documentaron múltiples campañas de desinformación financiadas por China cuyo objetivo era debilitar la imagen de la presidenta y favorecer posturas más afines a Beijing (Del Prado, 2016). En la actualidad esto sigue ocurriendo, ya que en 2023 China ejecutó más de 400 campañas de desinformación dirigidas a la isla, cuyo objetivo era desacreditar al gobierno del DPP y causar inestabilidad política. Estas campañas incluyen noticias falsas acerca de corrupción, economía y la capacidad de defensa de Taiwán (Hung, 2017).

Taiwán ha apostado por una estrategia cultural diferenciada, fomentando una identidad propia que aúna influencias chinas, japonesas y occidentales. En lugar de competir de manera directa con China en la difusión de la cultura tradicional, Taiwán ha destacado la singularidad de su sistema democrático y diversidad cultural. Ejemplo de ello es la promoción del Cloud Gate Theater, que ha obtenido reconocimiento internacional como símbolo del dinamismo cultural taiwanés (Wang & Lu, 2008) o bien la promoción del cine taiwanés, cuyos reconocimientos se manifiestan premios como los Óscar, en los que la película *A Sun* (2019) fue nominada a un Óscar (Delman, 2024). Turísticamente Taiwán goza de una gran popularidad, con 11.8 millones de turistas en 2019 y batiendo un récord de 2.7 millones de visitantes chinos. Sin embargo, tras las restricciones impuestas por Pekín en 2020, el número de turistas chinos cayó en picado a un 60% (Delman, 2024).

Uno de los pilares angulares del *soft power* taiwanés es su sistema democrático, el cual se presenta como alternativa a la autocracia china y fortalece su imagen de estabilidad política. La transición pacífica del autoritarismo a la democracia ha consolidado un modelo que sirve de inspiración en la región y de aceptación en Occidente (Rawnsley, 2014). Su defensa de los derechos humanos ha sido otro de los grandes instrumentos de atracción, ya que su legalización del matrimonio igualitario en 2019 lo convirtió en el primer país asiático en hacerlo; un avance que le ha otorgado reconocimiento internacional y ha atraído a más de 200.000 asistentes anuales al desfile del Orgullo en Taipéi (Delman, 2024). Asimismo, en 2023 Taiwán se situó en el puesto 12 del Índice de Libertad Humana, por encima de muchas democracias occidentales y superando a China en el puesto 179 de 180 países. En lo referido a la participación electoral, la participación popular fue del 71,9%, reflejando un alto nivel de compromiso cívico. Se ha de contrastar este dato en comparación a las últimas elecciones en Hong Kong, que bajo el control chino tuvieron una participación inferior al 30% (Delman, 2024). China, en cambio, ha desarrollado una narrativa alternativa basada en su éxito económico y estabilidad política, promoviendo el Consenso de Pekín, que propone desarrollo sin la necesidad de democratización. Este modelo ha sido particularmente atractivo para países en vías de desarrollo de África y América Latina, donde China ha fortalecido su influencia mediante inversiones y acuerdos económicos, sin exigir reformas políticas a cambio (Wang & Lu, 2008).

En lo referido a la diplomacia pública, China ha llevado a cabo una sofisticada estrategia para mejorar su imagen global. Ha empleado su participación en organismos multilaterales y su política de “diplomacia del panda” como herramientas para ejercer su influencia. Durante 2006,

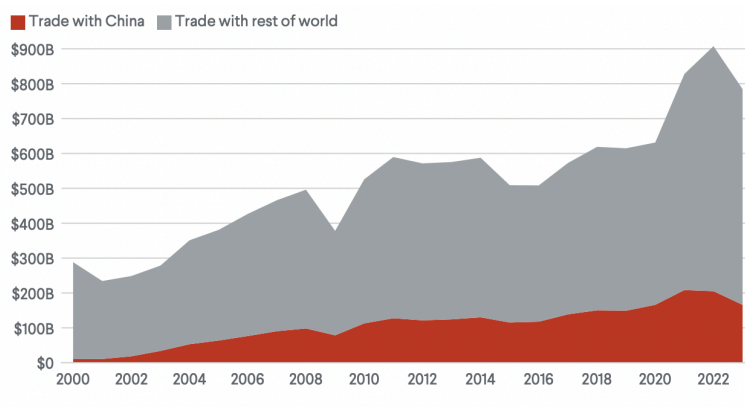
organizó tres importantes cumbres internacionales: la Cumbre de la OCS, la Cumbre China-ASEAN y la Cumbre China-África, donde reunió a más de 50 jefes de estado en una demostración de su capacidad de convocatoria e influencia global (Wang & Lu, 2008). Asimismo, durante la presidencia de Hu Jintao se elevó la Oficina de Diplomacia Pública dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores y promovió el Foro Lanting, una plataforma de diálogo entre el gobierno chino y audiencias extranjeras (Hung, 2017). Propiciado por su aislamiento diplomático, Taiwán ha tenido que recurrir a estrategias de *soft power* no estatales. Ejemplo de ello es la diplomacia humanitaria ejercida a través de organizaciones como la Fundación Budista Tzu Chi, que ha participado en misiones de socorro en Haití y Filipinas, logrando reconocimiento internacional sin necesidad de ser un estado oficialmente reconocido (Wang & Lu, 2008). Asimismo, ha estrechado lazos de cooperación con ONGs y la diplomacia pública a través de programas como *Say Taiwan!*, lanzado en 2011, que fomenta la diplomacia pública permitiendo a visitantes convivir con familias locales y compartir su experiencia en redes sociales (Rawnsley, 2014).

El crecimiento económico ha sido la pieza clave del *soft power* de China a través de la Belt and Road, creada por Xi Jinping y que iniciada en 2013 ya ha destinado más de un billón de dólares en proyectos de infraestructura y desarrollo económico en más de 70 países alrededor del mundo. Concretamente, estos proyectos se materializan en la construcción de ferrocarriles en África Oriental, puertos marítimos en Sri Lanka o Pakistán, y corredores económicos en Europa Central y del Este (Mitiç & Zakiç, 2024). Esta iniciativa no sólo potencia la integración económica global, si no que a su vez sirve como medio para la proyección de una imagen de cooperación y liderazgo benévolo por parte de China.

Aplicado al caso taiwanés, la diplomacia económica china ha seguido una sofisticada estrategia, ejemplificada mediante el ECFA, firmado en 2010. Este acuerdo simbolizó un hito significativo, potenciando un crecimiento exponencial en las relaciones económicas bilaterales y alcanzando un volumen comercial de aproximadamente 197 mil millones de dólares en 2019 (Santoso et al., 2020). El estrechamiento de lazos con el empresariado taiwanés también responde a una forma de ejercer presión sobre el gobierno de Taipéi para que no promueva posturas independentistas (Hung, 2017). Esta estrategia va más allá de un simple beneficio económico mutuo, subyace bajo un fuerte trasfondo político que apunta hacia una posible reunificación mediante la creación de vínculos económicos profundos y una interdependencia estratégica que imposibilite la separación política. Tanto es así, que China es el principal socio comercial de Taiwán y representa el 30% de sus exportaciones, seguido tan sólo por Estados

Unidos o Japón (Oficina Económica y Comercial de España en Taipéi, 2024). Análogamente, Taiwán es el tercer socio comercial principal para China, tan sólo superado por EEUU o la UE. Por ende, el fin último chino busca generar una red de interdependencia económica con Taiwán que haga inevitable su integración en un juego de ajedrez en el que la economía es el peón de un juego político de largo plazo.

Figura 7. Volumen comercial de Taiwán respecto a China y al resto del mundo.



Fuente: Council on Foreign Relations 2022.

En 2021, el comercio bilateral superó los 230.000 millones de dólares y las presiones chinas se manifestaron en medidas como la prohibición de determinados productos taiwaneses (fruta, pescado, etc.) como herramienta de presión. Sin embargo, estas prohibiciones dirigidas al sector primario taiwanés tan sólo alcanzan al 1,41% del PIB del país, puesto que como se detallará más adelante, el grueso del PIB taiwanés se basa en su sector secundario (38%) (Oficina Económica y Comercial de España en Taipéi, 2024). No obstante, Taiwán ha optado por una diversificación de su comercio y reducción de la dependencia china en aras de obtener una visión diferente. La *New Southbound Policy* iniciada por la presidenta Tsai Ing-wen ha sido el mecanismo de atracción para estrechar lazos con el Sudeste Asiático, India y Australia; buscando nuevos mercados y socios comerciales (Glaser et al., 2018). Esta nueva política no sólo nace de una imperiosa necesidad económica, sino también como acto de resistencia ante la presión china, demostrando que la diplomacia económica también puede ser instrumentalizada en pro de la autodeterminación.

Más allá del comercio, la tecnología se ha convertido en el principal bastión del *soft power* taiwanés. Mientras que China ha desarrollado un modelo de capitalismo de estado, invirtiendo en gigantes tecnológicos como Huawei y expandiendo su influencia en sectores estratégicos (Mitiç & Zakiç, 2024), Taiwán ha encontrado en la industria de los semiconductores su mayor

ventaja competitiva. La Taiwan Semiconductor Manufacturing Company (TSMC) ha consolidado a la isla como el actor predominante en la fabricación de chips avanzados, produciendo más del 90% de los semiconductores de alta gama del mundo (Chiu, 2024). Este dominio tecnológico ha otorgado a Taiwán un poder blando sin precedentes, transformando su industria en lo que se conoce como un “*Silicon shield*”, un activo de tal relevancia para la economía global que cualquier alteración en su producción repercutiría en empresas y gobiernos de todo el mundo.

China, plenamente consciente de esta vulnerabilidad, ha invertido miles de millones en el desarrollo de su propia industria de semiconductores, pero sigue estando a años luz de alcanzar el nivel de TSMC (Chiu, 2024). Mientras tanto, Taiwán ha estrechado sus lazos con Estados Unidos mediante inversiones clave, como la construcción de fábricas en Arizona por un valor de 40 mil millones de dólares, alineándose junto a la política estadounidense que busca reducir la dependencia de la tecnología china. Movimientos maestros como este no sólo refuerzan la posición taiwanesa internacional, sino que también actúan como garantía de apoyo diplomático y militar en caso de una escalada en el conflicto con Beijing.

La diferencia estructural entre ambas posiciones radica en su visión del poder y la influencia. China ve la integración económica y la expansión de su infraestructura como piezas clave en la consolidación de su hegemonía, empleando un modelo de *soft power* cuya fortaleza reside en la dependencia estructural de sus socios. Contrariamente, Taiwán ha basado su poder blando sobre una base de exclusividad tecnológica, alzándose como un socio indispensable para el desarrollo global. Las relaciones sino-taiwanesas son una paradoja de dependencia y confrontación, donde la economía une a ambas partes, pero la política las distancia. Mientras que Beijing trata de seducir a Taiwán a su órbita mediante incentivos económicos y presión comercial, Taiwán responde reafirmando su papel como el epicentro de la revolución digital del siglo XXI.

C. Evaluación de la efectividad de la diplomacia en el conflicto

En la fase concluyente de este análisis, se llevará a cabo una evaluación crítica acerca de la efectividad de la diplomacia como instrumento fundamental en la mitigación de tensiones dentro del conflicto sino-taiwanés. Se examinará hasta qué punto el diálogo tradicional y la negociación pueden mantener su posición como vehículos para la estabilidad, explorando el potencial de la diplomacia como vía para la armonización de intereses en un contexto de profundas complejidades geopolíticas.

La diplomacia ha desempeñado un papel crucial pero ambivalente en el conflicto entre China continental y Taiwán, logrando hitos notables pero también evidenciando fracasos que han repercutido en la estabilidad regional y en la posición internacional de cada parte. Para ello, en primer lugar se establecerán los indicadores preliminares de éxito, los cuales serán definidos como el número de estados que reconocen diplomáticamente a Taiwán actualmente, así como su participación en organismos internacionales. Asimismo, se analizará el peso que ha tenido la diplomacia como factor determinante en los mayores éxitos y fracasos de la relación bilateral entre China y Taiwán; de tal forma que se delimite un marco de referencia objetivo desde el cual evaluar la efectividad en términos de desescalar o incrementar las tensiones en el conflicto.

En el plano histórico, un temprano éxito diplomático de China fue lograr mediante hábiles maniobras diplomáticas y sin recurrir a la fuerza, que EEUU cambiara su reconocimiento de Taipéi a Beijing en 1979, aislando significativamente al régimen taiwanés. Este triunfo para la RPC se sumó al respaldo obtenido en Naciones Unidas: la Resolución 2758 de 1971 otorgó a la RPC la representación exclusiva de China en la ONU, expulsando a Taiwán de la organización y asestándole un duro revés diplomático. Desde entonces, la estrategia china de aislamiento internacional de Taiwán ha mostrado efectividad en términos cuantitativos: a finales de la década de 1960 aún eran mayoría los países que reconocían a la ROC, pero el flagrante ascenso económico y político de China invirtió esta tendencia. En 1969, 71 estados reconocían a la ROC frente a 48 a la RCP; mientras que para 1990, unos 139 países ya reconocían a Beijing y sólo 28 mantenían lazos con Taiwán (Hernández, 2023). Actualmente, Taiwán goza del reconocimiento diplomático de 13 pequeños estados, ubicándose la mayoría en la periferia de América Latina o el Sudeste Asiático, entre los cuales encontramos a Paraguay, Guatemala, Haití, Belice, Palau, Tuvalu, las Islas Marshall, Nauru, San Vicente y las Granadinas, Eswatini, Santa Lucía, Ciudad del Vaticano y San Cristóbal y Nieves (Pasquali, 2023).

Figura 8. Mapa de aliados diplomáticos de Taiwán.



Fuente: Statista 2023.

Beijing ha sabido aprovechar su peso económico para atraer aliados de Taiwán mediante promesas de inversión y comercio, dejando a Taipéi en una posición cada vez más precaria en cuanto a reconocimientos formales. En lo referido a su presencia en acuerdos y organismos de índole mundial, Taiwán forma parte de la OMC, la Cooperación Económica Asia-Pacífico, el Banco Asiático de Desarrollo, la Organización Mundial de Sanidad Animal y la Organización Internacional de Normalización. No obstante, evaluar la efectividad de la diplomacia exclusivamente por el número de aliados u organismos internacionales en los que está presente sería reduccionista; de hecho, la diplomacia a través del Estrecho ha conocido también momentos de distensión y logros cualitativos importantes. Tras décadas de confrontación congelada, a finales de los años 80 y 90 ambas partes adoptaron posturas más pragmáticas que permitieron avances diplomáticos, como el fomento de lazos económicos y personales con la isla por parte de China o la renuncia a la reivindicación de la soberanía en pro de una ambigüedad en torno a su estatus por parte de Taiwán (Campos, 2024).

Esta modernización recíproca cristalizó en el Consenso de 1991, al esbozar un marco de entendimiento que posibilitó la reanudación del diálogo bilateral. Su esencia radica en una ambigüedad estratégica, en la que ambas partes asumieron el principio de “Una sola China” con interpretaciones distintas para así sortear el colapso de las negociaciones. Este tácito acuerdo fue fruto de la necesidad de mantener la estabilidad en el Estrecho sin forzar una solución perenne a la cuestión soberana. La diplomacia fue el mecanismo que permitió su formalización, pero la causa fundamental fue un cálculo estratégico por ambas partes, motivado

por la necesidad de manejar la relación sin incidir en el conflicto subyacente. En este sentido, el Consenso de 1992 no puede ser comparado con tratados de paz o acuerdos comerciales logrados a través de una negociación activa, si no que debe verse como un compromiso tácito, resultado de la plasticidad de la diplomacia en aras de preservar el *status quo* sin hacer concesiones significativas. La diplomacia proactiva no fue la causa fundamental de este acuerdo, sino una diplomacia reactiva y pragmática como resultado de un cálculo estratégico que posibilitó la creación de una fórmula flexible que evitase el estancamiento de las negociaciones. Sin embargo, no podemos considerarlo como un verdadero éxito diplomático, al no culminar en una firma formal ni en mecanismos de implementación oficiales por ninguna de las dos partes implicadas.

A pesar de ello, aquella etapa de diplomacia pragmática aportó varios años de relativa estabilidad, evidenciando que el diálogo diplomático podía mitigar tensiones; tal y como mostrarían las históricas conversaciones semioficiales entre SEF y ARATS y acuerdos funcionales como el de 1993 en Singapur, que asentaron las primeras bases de confianza. No obstante, estos éxitos iniciales resultaron frágiles y contextuales: el cambio de dinámicas políticas internas pronto puso a prueba la durabilidad de aquellos avances. La llegada al poder en Taiwán de líderes con agenda soberanista tensionaría el marco diplomático logrado. La tercera Crisis del Estrecho de Taiwán en 1995 es uno de los eventos más significativos en la escalada de tensiones puesto que tras la visita del presidente Lee Teng-hui a EEUU, la primera de un presidente taiwanés en décadas, China reaccionó mediante un aluvión de maniobras militares. Esta respuesta fue debido a que a pesar del carácter informal de la visita, que se trataba de un evento académico, para Beijing representó un intento de desafiar su política de aislamiento diplomático. Por ello recurrió a la intimidación militar, lanzando misiles en las proximidades de Taiwán y organizando maniobras en el estrecho a fin de disuadir cualquier impulso independentista, enviando un nítido mensaje tanto a Taipéi como a Washington (Scobell, 2009).

No obstante, el papel de la diplomacia en esta crisis fue marginal. Taiwán trató de ampliar su reconocimiento internacional mediante la diplomacia pública, pero esto generó una respuesta hostil de China. Beijing, en lugar de recurrir a canales diplomáticos, optó por una demostración de fuerza. Y análogamente, Estados Unidos, en lugar de mediar diplomáticamente respondió con un despliegue de portaaviones, lo que finalmente llevó a la desescalada. Al originarse por un acto político de representación internacional, se podría decir que la diplomacia fue un catalizador, pero no la causa estructural de la crisis. Lo que realmente provocó la reacción

bélica china fue su temor a que Taiwán ganase legitimidad en la esfera internacional; pero no hubo serios intentos de mediación diplomática previos puesto que China reaccionó directamente con demostraciones de fuerza en lugar de mecanismos diplomáticos. Asimismo EEUU optó por la disuasión militar en lugar de la diplomacia, al enviar portaaviones en lugar de facilitar negociaciones entre ambas partes. Cabe recalcar que Taiwán no estaba negociando con Beijing en ese momento, sino tratando de reforzar su imagen internacional, lo que pone de manifiesto que la diplomacia no estaba en juego como un canal de diálogo sino como una estrategia de legitimación política. Se extrae la conclusión pues, que esta crisis no fue causada por la diplomacia, pero que sí fue inefectiva para resolverla puesto que el desenlace se produjo a través de la disuasión militar estadounidense.

Del mismo modo, la elección en 2000 de Chen Shui-bian supuso un grave retroceso en el diálogo: Beijing, receloso de los llamados a un referéndum soberanista, congeló contactos y aprobó en 2005 la Ley Antisecesión, endureciendo la postura y minando la confianza mutua. Otro de los puntos álgidos de tensiones a ambos lados del Estrecho fue la ruptura de comunicaciones oficiales entre China y Taiwán en 2016 tras la elección de Tsai Ing Wen como presidenta de Taiwán, una ruptura que persiste en la actualidad. En su discurso inaugural del 20 de mayo de 2016, Tsai evitó mencionar el Consenso de 1992 como acuerdo aceptado explícitamente y se referió al mismo como un hecho histórico en el que hubo un reconocimiento común para tratar de dejar atrás sus respectivas diferencias (Oficina Económica y Cultural de Taipéi, 2020). Al no cumplir sus exigencias de que se reconociese expresamente el Consenso de 1992 como condición para mantener el diálogo, el 25 de junio de 2016 Beijing suspendió las comunicaciones oficiales, limitando los intercambios a canales no oficiales. Esta suspensión no fue un mero fracaso diplomático, sino la consecuencia de una inflexibilidad política estructural. La negativa de Tsai, sumada a la exigencia intransigente de China como condición para el diálogo, selló el colapso de las negociaciones.

La diplomacia, más que fracasar, se encontró enclaustrada en un marco conceptual rígido, sin margen para la reinterpretación o el compromiso. La diplomacia no fue suficiente para desescalar la situación, pero la responsabilidad principal recae en la decisión política china de suspender el diálogo y la ausencia de un marco alternativo de negociación por ambas partes. Si bien no fue la causa fundamental de la ruptura, su incapacidad para encontrar soluciones intermedias evidencia sus limitaciones cuando las posturas son irreconciliables. Más que un arte de consenso, la diplomacia en este caso se convirtió en una herramienta de presión política a la que no se puede atribuir la responsabilidad íntegra, puesto que perdió su verdadera esencia

negociadora. Estos episodios ilustran los mayores fracasos de la diplomacia sino-taiwanesa: su incapacidad para establecer mecanismos estables que trasciendan los vaivenes políticos, manteniendo los acuerdos a largo plazo.

Pese a ello, no toda la etapa contemporánea ha sido de confrontación; por el contrario, hubo un paréntesis de significativa cooperación diplomática durante la presidencia de Ma Ying-jeou, en la tregua diplomática que representa el punto culminante de la efectividad diplomática en el conflicto. De hecho, el ECFA firmado en este periodo se erige como otro de los grandes logros de las relaciones entre China y Taiwán, siendo una manifestación tangible de que la diplomacia pragmática puede operar incluso en un contexto de tensiones y disputas de soberanía. Sin embargo, la verdadera esencia de este acuerdo no radicó en una búsqueda genuina de estabilidad en el estrecho, si no en la lógica estratégica que subyace a todo acercamiento económico: Taiwán, ante la creciente regionalización de la economía asiática y la consolidación de China como epicentro comercial, pugnaba por mantener su competitividad; mientras que la visión a largo plazo por parte de China empleó la integración económica como mecanismo de atracción de la isla a su esfera de influencia (Campos, 2024). La diplomacia fue, por lo tanto, una herramienta circunstancial, instrumentalizada para lograr un fin económico que permitiese avanzar a ambas partes en sus objetivos estratégicos. No obstante, se ha de reconocer que, independientemente del transfondo político del acuerdo, la diplomacia económica fue esencial en las negociaciones ya que permitió cooperar sin adentrarse en la cuestión de la soberanía y conseguir la firma de ambas partes en una alianza oficial. Se podría concluir pues, que el ECFA fue un acuerdo alcanzado gracias al éxito de la diplomacia económica empleada por ambas partes, pero cuyo éxito real tan sólo fue palpable en el corto plazo puesto que se trataba de una diplomacia económica con fecha de caducidad.

La cúspide simbólica de esta *détente* diplomática se materializó en el histórico encuentro de 2015, en el que Xi Jinping y Ma Ying-jeou convergieron en Singapur, en el primer diálogo directo entre mandatarios en más de seis décadas. Este acercamiento buscaba reafirmar la importancia del diálogo, y como muestra del peso del *soft power* en la mentalidad diplomática asiática, se evitó el uso de términos oficiales como presidente o país y ambos dirigentes se refirieron mutuamente como señor para sostener una ambigüedad calculada (Hashmi, 2015). A pesar de evidenciar la capacidad de la diplomacia para socavar tensiones y abrir canales de comunicación, su impacto fue fundamentalmente simbólico y de corto alcance. Dicha reunión respondía más a intereses políticos del KMT por reforzar su posición ante las inminentes elecciones presidenciales de enero de 2016, en las que las predicciones apuntaban al partido

opositor DPP como claro vencedor. En cuanto a China, sus incentivos estratégicos se basaban en que el encuentro le permitía proyectar una imagen de aparente control sobre la situación en la isla. Por lo tanto, más que el fruto de aunados esfuerzos diplomáticos, este histórico encuentro atendía más bien a una jugada política para asegurar el legado del presidente Ma Ying-jeou y para establecer un punto de referencia para China en futuras negociaciones con Taiwán. Tanto es así, que tras la victoria de Tsai Ing-wen en 2016, China rompió los canales de comunicación haciendo palpable que el éxito diplomático era frágil y dependiente del liderazgo político en Taiwán.

Los logros de esta fase resultaron efímeros y esencialmente posibles gracias a la diplomacia económica, desvaneciéndose ante los cambios políticos y las divergencias de fondo no resueltas. El incumplimiento tácito de la diplomacia de tregua tras 2016 y la falta de voluntad de China para dialogar con un gobierno taiwanés ponen de manifiesto una constante del conflicto: las partes han sido incapaces de mantener acuerdos duraderos cuando chocan con sus principios fundamentales (soberanía e integridad territorial para China; autonomía democrática para Taiwán).

A medida que la vía diplomática se ha ido erosionando, las tensiones han aumentado no sólo entre Beijing y Taipéi, sino en todo el Indo-Pacífico. La región ha sido testigo de cómo la ausencia de un diálogo sustantivo ha derivado en una alza de maniobras militares chinas alrededor de la isla, con continuas incursiones aéreas y navales que amenazan con accidentes o escaladas involuntarias. Potencias externas perciben con preocupación este deterioro: Japón, por ejemplo, ha abandonado su tradicional ambigüedad respecto a Taiwán y refuerza su postura de seguridad ante la posibilidad de un conflicto en el Estrecho (Yoji, 2021). Estados Unidos y sus aliados occidentales, aunque oficialmente siguen la política de “Una sola China”, han hecho patente con cada vez más claridad su interés en una resolución pacífica y en apoyar el mantenimiento del status quo taiwanés.

La percepción internacional de las estrategias diplomáticas de China y Taiwán se ha polarizado en años recientes: por un lado, numerosos países en desarrollo o con fuertes lazos económicos con Beijing respaldan la posición china y evitan cualquier reconocimiento de Taiwán, lo cual refleja la eficacia coercitiva del peso diplomático chino. Por otro lado, en las democracias occidentales se ha afianzado una imagen de Taiwán como miembro responsable de la comunidad internacional, un territorio democrático y respetuoso de los derechos humanos injustamente excluido, frente a una China cada vez más asertiva e intransigente. La estrategia

de diplomacia agresiva china, encargada de presionar con firmeza a terceros países para que se adhieran a su línea como ocurrió con Lituania en 2021 al cortar relaciones comerciales por su estrechamiento de lazos con Taipéi (Yoji, 2021), ha tenido éxito intimidatorio pero también ha dañado la imagen china en amplios sectores de la opinión pública mundial. Paradójicamente, las posturas inflexibles de Xi Jinping respecto a Taiwán han logrado una incipiente unidad de las potencias democráticas en favor de la isla, al menos en el plano declarativo. Ante las crecientes muestras de hostilidad china, EEUU, Japón y países europeos han coordinado mensajes de respaldo al mantenimiento del orden y de advertencia contra cualquier cambio por la fuerza.

Esta solidaridad internacional, si bien no se traduce en un reconocimiento formal de la soberanía taiwanesa, sí supone un respaldo diplomático implícito a su autonomía. Ahora bien, la efectividad de la diplomacia taiwanesa tiene límites estructurales marcados por la disparidad de poder con su rival; ya que Taiwán ha volcado sus energías en el *soft power* y la denominada “diplomacia de la solidaridad”, buscando ganar aliados mediante la cooperación al desarrollo, la ayuda humanitaria y promoción de valores democráticos. Esta estrategia ha rendido frutos en cuanto a mejorar su imagen internacional e incluso generar vínculos económicos con países sin lazos formales; pero no ha logrado frenar la pérdida irremediable de aliados oficiales (Pisabarro, 2018). Las décadas de ayuda exterior de Taiwán han tenido resultados agri dulces: su generosidad ha sido reconocida globalmente y ha incrementado los intercambios comerciales, mientras que en términos diplomáticos Beijing ha logrado comprar lealtades con mayores recursos, mermando los apoyos oficiales a Taiwán y obligándole a invertir más para mantener a sus escasos aliados. La RPC, con una economía casi 20 veces mayor, ha podido contrarrestar cualquier iniciativa de cooperación taiwanesa, poniendo de manifiesto que cuando la ayuda exterior se convierte en moneda de cambio diplomática, vencerá quien disponga de mayores recursos (Pisabarro, 2018).

Ante el estancamiento de la diplomacia tradicional, se observa que tanto China como Taiwán han recurrido a otras formas de *soft power* para tratar de inclinar la balanza a su favor, a veces con mayor eficacia que la diplomacia estatal clásica. China ha desplegado un amplio abanico de influencias no militares como la BRI y una vigorosa presencia mediática global que le ha servido para ampliar su influencia internacional más allá de los cauces diplomáticos formales (Yang, 2025). Los esfuerzos chinos, aparentemente de cooperación genuina, traen aparejados condicionantes políticos para consolidar la narrativa china sobre Taiwán. En paralelo, China ha empleado la denominada “diplomacia de los pandas”, usando símbolos de su cultura o ayuda

sanitaria durante el COVID-19 como muestra de su buena voluntad. No obstante, la efectividad del *soft power* chino tiene límites: su modelo autoritario y acciones coercitivas han mermado su atractivo en muchas sociedades democráticas (Reus, 2023). Pese a su pujanza económica, China no ha logrado arraigarse ni en Taiwán ni en Occidente, donde es percibida como potencia amenazante. En cambio, es en países en desarrollo donde el capital chino sí ha generado gratitud y dependencia, traducido en apoyos diplomáticos puntuales.

Por su parte, Taiwán ha explotado con ingenio su propio *soft power*, a menudo con mayor eficacia que cualquier diplomacia oficial a la que no tiene acceso pleno. Prueba de ello fue su “diplomacia de las mascarillas” durante la pandemia, que le valió reconocimientos públicos que evidenciaron cómo la ayuda humanitaria y la cooperación le han dado más visibilidad internacional de lo que sus lazos formales le permitían (Pacific Forum, 2020). Asimismo, el poder blando taiwanés se nutre de elementos como su vibrante cultura popular, su liderazgo tecnológico y su condición de democracia liberal. Concretamente, la industria de semiconductores se ha convertido en un activo estratégico que incentiva colaboraciones e intercambios de alto nivel difícilmente accesibles sólo mediante diplomacia convencional.

En definitiva, otras formas de influencia blanda han complementado e incluso sustituido en parte a la diplomacia clásica en esta disputa. La competición entre China y Taiwán se libra no sólo en cancillerías, sino en inversiones, intercambios académicos, cooperación sanitaria y narrativas mediáticas. Se señala que, dado el bloqueo diplomático formal, es en estos frentes donde Taiwán ha logrado sus victorias más notables de legitimación y donde China ha encontrado vías más sutiles que las meramente diplomáticas para afianzar su posición.

Ante este panorama, cabe preguntarse si la diplomacia es ya un mecanismo obsoleto en el conflicto o si aún conserva un papel relevante. A la luz del análisis, no se puede clasificar la diplomacia de totalmente obsoleta, pero sí es cierto que su forma tradicional se ha visto profundamente erosionada. La negativa de Beijing a reconocer siquiera a las autoridades taiwanesas como interlocutores legítimos y la insistencia de Taipéi en su soberanía han reducido al mínimo el diálogo oficial: hoy por hoy no existen negociaciones diplomáticas directas significativas entre ambos gobiernos. Esto ha conducido a que muchos asuntos se diriman a través de canales informales o mediaciones indirectas, o bien se trasladen al terreno económico-militar. En ese sentido, la diplomacia estatal clásica, entendida como tratados bilaterales, cumbres oficiales o embajadas, se halla bloqueada en este contencioso. Sin embargo, no significa que la diplomacia carezca de importancia.

Por un lado, la lucha diplomática internacional continúa activa ya que China y Taiwán siguen invirtiendo ingentes esfuerzos diplomáticos para ganar apoyos en la comunidad global. Cada reconocimiento que Taiwán pierde o cada gesto de respaldo que obtiene de socios como la UE o EEUU demuestra que la disputa diplomática sigue siendo un frente vivo, aunque adoptando cauces menos formales. Asimismo, la historia reciente sugiere que un retorno a la diplomacia, bajo ciertas condiciones políticas, podría aliviar tensiones. Si en el futuro ambas partes encontrasen una base común, como lo fue en su día el Consenso de 1992, que les permitiera reanudar contactos, la diplomacia convencional volvería a ser crucial para gestionar el conflicto y prevenir una deriva hacia enfrentamientos mayores. De hecho, la alternativa a la diplomacia sería la escalada permanente o incluso la guerra, escenario que ninguno de los actores desea abiertamente.

Por ende, más que obsoleta, la diplomacia en el Estrecho de Taiwán está latente y subordinada a la coyuntura política: ha cedido protagonismo a otras formas de *soft power* y disuasión en la etapa actual, pero sigue siendo el instrumento insustituible para lograr una solución pacífica a largo plazo. En conclusión, la efectividad de las estrategias diplomáticas de China y Taiwán ha sido mixta: Beijing ha logrado aislar a Taiwán en gran medida, y Taipéi ha conseguido mantener apoyos informales y resiliencia; pero ninguna de las partes ha logrado resolver el conflicto a su favor ni eliminar la tensión. Su éxito ha sido posible cuando se ha basado en el pragmatismo, la economía y la ambigüedad estratégica, fallando cuando se han introducido cuestiones de soberanía e identidad nacional. La diplomacia ha mostrado sus límites bajo las condiciones presentes, viéndose sobrepasada en ocasiones por el poder económico, tecnológico y cultural. Aún así, permanece como un elemento clave, aunque hoy eclipsado, cuyo resurgimiento sería indispensable para desescalar el conflicto y encauzarlo por vías no coercitivas. Los casos de distensión logrados con diálogo y los peligros evidentes de la confrontación actual subrayan que, la diplomacia, lejos de ser obsoleta, es un recurso necesario que espera las condiciones propicias para volver a desempeñar un papel central en las relaciones entre China y Taiwán.

V. PROPUESTAS

Desde su investidura en 2024, el presidente Lai Ching-te ha mantenido en gran medida la línea de su predecesora Tsai en cuanto a política exterior y relación con China, enfatizando la continuidad del status quo y evitando avances hacia una independencia formal. Al igual que su predecesora, Lai se ha comprometido a gobernar conforme a la constitución de la República de China, descartando cambios jurídicos unilaterales pero también dejando claro que no cederá en

la soberanía de facto de Taiwán (Roctus, 2024). No obstante, Lai ha adoptado un tono algo más firme frente a Beijing, al omitir cualquier mención al Consenso de 1992 en su discurso inaugural, algo que Tsai en 2016 al menos había reconocido como un hecho histórico; omisión que fue condenada por parte de Beijing y sus posteriores demostraciones militares. En materia diplomática y económica, Lai continúa priorizando la diversificación de las relaciones internacionales de Taiwán, exaltando el carácter de la isla como democracia liberal estratégica del Indopacífico. En su primera agenda exterior ha subrayado la importancia de la alianza con EEUU, a la par que extiende invitaciones a socios afines en Europa y otras regiones. El presidente taiwanés ha insinuado su interés en retomar negociaciones económicas con la Unión Europea, como un acuerdo bilateral de inversión, y fortalecer la cooperación con democracias occidentales basándose en la imagen de Taiwán como sociedad abierta y tecnológicamente avanzada (Roctus, 2024).

En términos de seguridad, su administración sostiene una política de disuasión reforzada: apoyo a un robusto programa de modernización militar con coordinación estrecha con EEUU y aliados regionales, en paralelo a un discurso de protección pacífica de Taiwán que busca reducir tensiones sin renunciar a la defensa de la isla (Sacks, 2023). En síntesis, los primeros meses de Lai muestran continuidad fundamental con la estrategia de Tsai (mantenimiento del status quo, alianzas internacionales y fortalecimiento económico-tecnológico) pero con matices más asertivos en la retórica hacia China; aunque sin traspasar las líneas rojas de Beijing en cuanto a no declarar la independencia. Denota un equilibrio entre firmeza y prudencia al reforzar la identidad democrática y la seguridad de Taiwán evitando provocaciones mayores, lo que supone tanto una consolidación de la ruta previa como una respuesta a los nuevos desafíos políticos que le exigen negociar internamente sin debilitar la posición taiwanesa en el exterior (Roctus, 2024).

Asimismo, cabe mencionar que el regreso de Donald Trump a la Casa Blanca este 2025 genera expectativas encontradas en Taipéi. Durante su primer mandato, la administración Trump adoptó una postura firme de apoyo a Taiwán, recalcando la venta de armas a la isla y la promoción de leyes como el Taiwan Travel Act de 2018 y el TAIPEI Act de 2020, que respaldaban la participación de Taiwán en foros internacionales y su inclusión en la comunidad global a pesar de las objeciones de China. Este enfoque estuvo enmarcado dentro de la política de confrontación con China, lo que benefició a Taiwán al asegurarle un respaldo más explícito de Washington.

Sin embargo, el regreso de Trump podría dar lugar a una relación de carácter más transaccional entre EEUU y Taiwán. Trump ha mostrado una postura que tiende a condicionar el apoyo de su gobierno a Taiwán a cambio de compensaciones, especialmente en el ámbito económico y de defensa. El propio magnate ha sugerido en varias ocasiones que Taiwán debería contribuir más al financiamiento de su defensa, aumentando por ejemplo su gasto de seguridad a niveles elevados, como el 10% del PIB, algo que podría ser exigido en su segundo mandato (Sang & Kiet, 2025). Este requerimiento se basa en su creencia de que EEUU actúa como una compañía de seguros para Taiwán, sin obtener una compensación adecuada a cambio. Emplear a Taiwán como ficha de negociación en sus tratos con China podría implicar no sólo una mayor presión para ampliar el gasto militar, sino también para que la isla ofrezca mayores inversiones en EEUU o en sectores clave como el de semiconductores (Sang & Kiet, 2025).

Bajo el enfoque más agresivo de Trump en la política exterior, las tensiones con China podrían intensificarse mediante nuevas sanciones económicas o aranceles, que indirectamente afectan a Taiwán. La reciente imposición de astronómicos aranceles por parte de la nueva administración estadounidense plantea un caldeado clima comercial que Taiwán debe sortear con cautela de forma que no desafíe abiertamente los intereses de EEUU, especialmente en áreas donde las dinámicas económicas y tecnológicas son particularmente sensibles. Tal y como ya se ha analizado previamente, la posición privilegiada de Taiwán en la cadena global de suministro de semiconductores representa su mayor ventaja competitiva y parece ser el único sector al cual las tensiones generadas por la guerra comercial entre Estados Unidos y China no han permeado.

La alta dependencia global de los semiconductores taiwaneses convierte a Taiwán en un jugador vital para la economía global, y por ende, un actor estratégico clave para la política económica de Estados Unidos. A pesar de los esfuerzos de Trump por reorientar las cadenas de suministros y reducir la dependencia de China en tecnologías críticas, el sector de los semiconductores taiwanés se mantiene relativamente inmutable en términos de su importancia estratégica. La razón radica en la imposibilidad inmediata de sustituir la capacidad de producción de Taiwán sin generar un seísmo en la infraestructura tecnológica global. Asimismo, su estatus de exempto le otorgaría una ventaja comercial frente a empresas europeas como ASML que sí se han visto sometidas a las exigencias arancelarias de la nueva administración estadounidense. Por lo tanto, Taiwán debería centrarse en mantener su relación con Estados Unidos a través de su rol como proveedor indispensable de semiconductores, alineando sus intereses con los de Washington para maximizar los beneficios mutuos. Este

enfoque pragmático permitiría a Taiwán preservar su ventaja competitiva sin verse inmerso en las tensiones políticas entre las China y EEUU. La clave radica en reconocer que, en la actual configuración geopolítica, el sector tecnológico taiwanés es una de las pocas áreas que puede ejercer de salvavidas estratégico, permitiendo a la isla mantener su estabilidad y relevancia sin antagonizar a ninguna de las partes involucradas.

En este contexto, el apoyo militar y económico a la isla bajo la administración Trump podría intensificarse pero de una forma mucho más contractual y condicional, lo que podría generar cierta inestabilidad diplomática (Jirous, 2024). Taiwán tendría que recalibrar su diplomacia para adaptarse a este estilo impredecible, reforzando su defensa y explorando nuevas formas de cooperación en Europa y el Indopacífico para minimizar los riesgos de ser percibido como un peón en las negociaciones entre Washington y Beijing (Daniels, 2024). Una vía de alto valor estratégico a explotar sería una alianza con actores como India, ya que permitiría diversificar sus relaciones internacionales y reducir la dependencia tanto de EEUU como de China. India, en la cruzada por ampliar su influencia global, ha comenzado a fortalecer sus lazos con otras naciones tal y como demuestra el histórico pacto de defensa firmado con Sri Lanka este pasado abril de 2025 o las maniobras militares conjuntas con países como Kenia o Sudáfrica en el marco de su política exterior basada en la doctrina MAHASAGAR. Con un enfoque centrado en consolidar alianzas en el Indo-Pacífico y África, India se posiciona como un actor emergente que podría proporcionar a Taiwán una vía para diversificar sus alianzas sin quedar atrapado en una dinámica de confrontación entre las grandes potencias. Establecer una cooperación más estrecha con India no sólo fortalecería la seguridad de Taiwán, sino que también le permitiría acceder a nuevas oportunidades diplomáticas y económicas, manteniendo un equilibrio estratégico en un entorno internacional cada vez más polarizado.

A la luz del análisis de la efectividad diplomática, se plantean una serie de estrategias para fortalecer la posición internacional de Taiwán sin escalar el conflicto. Estas propuestas buscan alinear la política exterior taiwanesa con un enfoque flexible y proactivo, congruente con la necesidad de pragmatismo y ambigüedad estratégica para que la diplomacia sea efectiva.

Taiwán debe profundizar en su compromiso con la diplomacia multilateral y el poder blando, manteniendo y fortaleciendo los lazos con socios internacionales actuales e incorporando nuevos aliados donde sea posible. Esto implica continuar con iniciativas de diplomacia de solidaridad, que han mostrado demostrar su imagen y presencia global incluso en ausencia de vínculos formales. Consolidar este *soft power* pasa por resaltar las fortalezas intrínsecas de

Taiwán, tales como su exitosa democracia pluralista, el respeto a los derechos humanos y sus logros educativos; contrastándolas con el modelo autoritario de China continental. Capitalizar su condición de democracia tecnológica le permitiría ejercer una influencia moral, y para traducir ese capital simbólico en resultados concretos, Taiwán deberá seguir tratando de ampliar su participación en foros y organismos internacionales como la OMS o la INTERPOL donde su contribución sea valiosa para la comunidad global. Paralelamente, la diplomacia pública debe reforzarse mediante intercambios académicos y culturales que sirvan de vía para proyectar la voz taiwanesa. En síntesis, potenciar el *soft power* haría posible que Taiwán generase un clima receptivo para ganar una influencia sutil pero significativa que complementa la diplomacia tradicional. Si bien este poder blando no detiene por sí solo la pérdida de aliados formales frente a los de Beijing, sí construye una red de apoyos informales resilientes y un prestigio internacional que dificulta su aislamiento total. Esto le permitirá también liderar iniciativas multilaterales junto a otras democracias de tamaño medio, afianzando su rol de socio constructivo y no sólo de foco de tensión.

Dado que los grandes éxitos se han dado en el plano económico, se propone intensificar una diplomacia económica activa que fomente la interdependencia con actores clave y reduzca la vulnerabilidad de Taiwán frente a posibles coerciones de Beijing. En la práctica, esto implica diversificar los lazos comerciales y de inversión mediante la iniciativa de la *New Southbound Policy*, buscando nuevos mercados para los productos taiwaneses de modo que la economía de la isla reduzca su dependencia del mercado chino; a la par que se impulsen acuerdos comerciales bilaterales o multilaterales con socios de confianza como la UE o Japón o nuevos socios estratégicos como la India. El objetivo es tejer una red económica donde a numerosos países les interese directamente la estabilidad y prosperidad de Taiwán, creando así un contrapeso a los intentos de Beijing de aislarla. La industria de semiconductores se ha erigido como un “escudo de silicio” taiwanés, aludiendo a que su rol crucial en la cadena mundial de chips actúa como disuasión frente a agresiones dado que el mundo entero, incluida China, depende de estos suministros. Taiwán debería tratar de aprovechar este activo estratégico como pieza de negociación diplomática puesto que recientes análisis señalan que para muchos gobiernos la industria taiwanesa de microchips se ha convertido en un elemento a considerar en las relaciones exteriores (Jirous, 2024). Se podría premiar explícitamente a los países que refuercen vínculos con la isla mediante asociaciones en alta tecnología y proyectos conjuntos de I+D.

Reducir la vulnerabilidad frente a China también conlleva blindar sectores críticos de la economía taiwanesa: diversificar proveedores y rutas logísticas, establecer reservas estratégicas de componentes y limitar la exposición de empresas taiwanesas a inversiones o control chinos, algo ya en marcha con restricciones a participaciones chinas en tecnología sensible (Jirous, 2024). Por otro lado, robustecer la autonomía tecnológica, elevando el porcentaje del PIB en investigación científica y defensa cibernética, dará un mayor margen de maniobra a la isla si Beijing trata de utilizar la interdependencia económica como arma. En suma, la diplomacia económica de Taiwán debe evolucionar de principalmente reactiva a proactiva, identificando sectores como chips o energía verde donde pueda aportar beneficios a posibles aliados y construyendo pactos que entrelacen su destino económico con el de grandes potencias de forma que apoyar a Taiwán se constituya como un asunto de interés propio para esos países (Jirous, 2024). La diplomacia sólo podrá ser efectiva si se corrige el desequilibrio de poder entre China y Taiwán en la medida de lo posible, por lo que robustecer sus sectores estratégicos es necesario para poner en marcha el complejo instrumento negociador.

A pesar del clima político adverso, una estrategia a medio plazo para Taiwán debe contemplar explorar vías de diálogo con Beijing, lo que inevitablemente podría requerir cierta flexibilidad en cuanto a cómo plantear la cuestión de la soberanía. Previamente en el análisis realizado se concluyó que un eventual retorno a las negociaciones diplomáticas formales sería insustituible para encauzar el conflicto y evitar una escalada militar, por lo que conviene ser receptivos a algún tipo de entendimiento básico que permita renaudar el contacto oficial. Una propuesta estratégica sería trabajar hacia un nuevo marco de consenso inspirado en el espíritu del Consenso de 1992, encontrando un principio común que resulte mutuamente tolerable. Retomar una base común de entendimiento, donde Taiwán reafirme no estar buscando la independencia declarada y China acepte suspender coerciones y reconocer al gobierno taiwanés como interlocutor legítimo para fines funcionales, permitiría reactivar el diálogo diplomático directo.

No obstante, las estrategias planteadas a lo largo de este trabajo de fin de grado deben formularse con una profunda consciencia de los desafíos estructurales que presenta el régimen actual de Xi Jinping, cuya consolidación autoritaria introduce serias limitaciones a cualquier intento de entendimiento bilateral. Bajo su liderazgo, China ha experimentado una centralización del poder sin precedentes en la era post-Mao, en la que los márgenes para la autonomía de actores estatales y para la expresión de la voluntad popular se han visto drásticamente reducidos. Desde una perspectiva filosófica, este contexto recuerda a la nación

de soberanía absoluta que Hobbes conceptualizó en su obra “El Leviatán”, donde el poder se ejerce de manera indivisible y la sociedad queda supeditada a la voluntad del soberano. Aplicado a la presente situación, la estructura de poder en China no sólo condiciona la flexibilidad diplomática del gobierno, si no que también obstaculiza la posibilidad de que los deseos de la población, quizás más proclives a un diálogo pragmático, puedan traducirse en una apertura real hacia Taiwán. Por ende, cualquier propuesta que contemple la reanudación del diálogo debe considerar que la voluntad de Beijing no está necesariamente alineada con los intereses de su ciudadanía, ya que la rigidez de su liderazgo puede hacer inviable la participación de mediadores internacionales o la adopción de compromisos interpretativos como los que en su día posibilitaron el Consenso de 1992.

Este escenario autoritario no invalida el objetivo de buscar vías de negociación, pero obliga a un ejercicio de realismo político que anticipe el riesgo de que la estrategia taiwanesa encuentre no sólo reticencias tácticas, si no un rechazo estructural enraizado en la propia configuración del poder chino contemporáneo.

La recomendación sería que Taiwán, sin renunciar a sus principios democráticos, trate de reencuadrar la narrativa; en lugar de enfatizar constantemente la soberanía independiente, algo que China considera provocativo, optar por destacar la voluntad de coexistencia pacífica bajo un marco indefinido. Esto equivaldría a recuperar cierto grado de ambigüedad estratégica en el discurso hacia China, algo que anteriormente ha resultado exitoso en vez de fracasar tratando de congelar una posición identitaria. Así, la propuesta consistiría en que Taiwán sea creativo en hallar fórmulas de consenso aceptables sin comprometer su libertad, pero que ofrezcan a Beijing una salida diplomática honrosa para retomar las conversaciones. De esta manera, si China moderase su actitud debido a cambios internos o presiones internacionales, Taiwán contaría con una propuesta de entendimiento que no traicionase su democracia pero que permitiese romper el hielo tras casi una década de silencio oficial.

La diplomacia debe estar preparada para un futuro dinámico, adaptándose continuamente a las nuevas realidades geopolíticas sin perder de vista su objetivo final de preservar la paz y la autonomía. El entorno internacional se encuentra sumido en una vertiginosa transformación y la diplomacia taiwanesa ha de ser lo suficientemente flexible para navegar estos cambios. A corto plazo, esto significa continuar canalizando el poder hacia vías alternativas de influencia blanda como la economía, que han sido notables en alcanzar resultados. Mirando a un horizonte futuro, ante posibles cambios en China, Taiwán tendría que ajustar su postura de defensiva a

dialogante, pasando de la contención actual a un activismo diplomático directo. Esto implica cultivar ahora las habilidades y canales diplomáticos para ese momento, a través de seguir formando expertos en negociaciones con China, fortalecer las instituciones encargadas de las relaciones exteriores y dotarlas de recursos para ampliar la presencia taiwanesa en el extranjero. Asimismo, consolidar una estrategia de comunicación internacional que pueda influir en la opinión mundial es clave, puesto que cualquier crisis en el Estrecho se librará también en la arena informativa, por lo que necesita portavoces efectivos y alianzas mediáticas que expliquen sus propuestas de paz.

La herramienta diplomática futura debe ser proactiva en la búsqueda de ese desenlace pacífico, sin esperar pasivamente a que cambie la actitud china. Iniciativas como consensos flexibles y alianzas de *soft power* allanan el terreno, pero eventualmente Taiwán podría incluso tratar de liderar un marco propuesto de paz. Todo ello manteniendo la capacidad de disuadir agresiones a la par, puesto que la efectividad diplomática también se apoya en la credibilidad de la defensa; diplomacia y disuasión son dos caras de la misma moneda en la estrategia de supervivencia de Taiwán. En síntesis, el curso futuro de la diplomacia taiwanesa exige una combinación de principios y pragmatismo: continuar abanderando su democracia libre de coerción pero adaptando sus métodos a las coyunturas, utilizando astutamente el poder blando y las alianzas a la espera de futuras negociaciones. En última instancia, la diplomacia sigue siendo el instrumento insustituible para evitar la trampa de Tucídides en el Estrecho de Taiwán. Preparar estratégicamente su resurgimiento es clave para que Taiwán logre navegar las próximas décadas con seguridad, dignidad y paz. Como señala el análisis previo, la diplomacia en este conflicto ha tenido éxitos mixtos, pero bien manejada puede marcar la diferencia entre un futuro de escalada peligrosa o de coexistencia pacífica. Se trata de maximizar la efectividad diplomática cimentando las fortalezas taiwanesas y mitigando sus debilidades bajo la premisa de que en un futuro no muy lejano, la diplomacia clásica permita evolucionar a un diálogo constructivo en pro de una resolución pacífica y duradera del conflicto.

VI. CONCLUSIONES

A lo largo de este estudio sobre el rol de la diplomacia en el conflicto entre China y Taiwán, se han explorado las diferentes estrategias diplomáticas adoptadas por ambos actores, así como el impacto de factores como la economía, la tecnología y el poder blando en las relaciones internacionales. El conflicto sino-taiwanés ha sido un ejemplo paradigmático de las tensiones geopolíticas en el Indopacífico, una región en auge en el nuevo orden mundial. Al abordar las

diferentes formas de diplomacia, este análisis ha resaltado cómo la diplomacia tradicional, pese a ostentar un peso innegable, ha visto su efectividad arrasada en un contexto donde otras formas de poder, como la diplomacia económica, se han erigido como herramientas de cambio inequívocas.

El conflicto entre China y Taiwán ha hecho palpable la exponencial interdependencia entre los actores internacionales junto con la relevancia de las relaciones comerciales y de inversión. A través de una mirada introspectiva de las políticas exteriores de ambos países, se ha puesto de manifiesto cómo la diplomacia económica ha sido el único plano central de la interacción entre ambas naciones, mientras que la diplomacia tradicional, históricamente arraigada en la mediación y el diálogo como principios fundamentales, ha tenido una efectividad mucho más restringida. Una vez alcanzada esta conclusión, es de imperiosa necesidad ir más allá al considerar tanto las ventajas como las limitaciones de la diplomacia clásica en el contexto actual. No sólo es requerido plantear una revisión crítica de los beneficios que ha traído aparejados la diplomacia económica, sino también de las falacias que se desmoronan por su propio peso en un escenario internacional tan dinámico y polarizado.

Es crucial responder a una corriente de pensamiento cada vez más difundida, la cual postula que la diplomacia tradicional ha quedado obsoleta y su rol reducido a cenizas. Los detractores de este tipo de diplomacia sostienen que, ante la creciente influencia de actores no estatales junto con el poder económico y el uso de la fuerza, la diplomacia ya no posee el mismo peso que ostentó antaño. Esta visión que retrata la diplomacia como un instrumento ineficaz y desactualizado, es profundamente errónea y peligrosa.

La diplomacia, como parte del derecho internacional, sigue siendo uno de los pilares sobre los cuales se ha cimentado el orden global. A pesar de que hoy en día la diplomacia económica y otros mecanismo de poder han adquirido preeminencia, la diplomacia tradicional sigue siendo el marco principal requerido para la gestión pacífica de las relaciones internacionales. Los acuerdos internacionales, las resoluciones de organismos multilaterales y los tratados de paz se siguen negociando bajo principios diplomáticos clásicos. El derecho internacional, que fue consolidado mediante la diplomacia, sigue siendo el eje central para la resolución de conflictos y la protección de los derechos humanos. ¿Qué futuro espera al mundo si se deja de regir por las normas que evitan que se convierta en una distopía? El orden global se vería arrastrado hacia dinámicas de poder profundamente maquiavélicas, en las que todo vale y tan sólo gana el que controla el poder, cueste lo que cueste. Por ello, las corrientes que argumentan que la

diplomacia tradicional ha sido sustituida por otras formas de poder no comprenden la esencia que alberga su papel fundamental en el sistema internacional. Si bien el poder económico y bélico juegan un papel innegable, la diplomacia continúa siendo la herramienta que posibilita la creación de consensos y la construcción de marcos normativos que impiden que las disputas estallen en conflictos armados.

En el caso específico de China y Taiwán, pese a que la diplomacia económica ha sido el terreno más fructífero para ambos, la diplomacia tradicional sigue siendo relevante en aspectos como la mediación de conflictos internacionales, el establecimiento de principios de convivencia pacífica y el diseño de estrategias multilaterales. No se puede reducir la diplomacia meramente a su capacidad de alcanzar acuerdos en torno a problemas concretos; su valor también radica en su capacidad para construir canales de comunicación, preservar el orden global y evitar la confrontación directa. Por ende, la diplomacia tradicional no está obsoleta, más bien se encuentra sumida en un proceso de metamorfosis en el que se está abriendo paso en un contexto geopolítico donde los elementos económicos, tecnológicos y militares son cada vez más determinantes.

En el ámbito de las relaciones internacionales también se encuentra una corriente de pensamiento que postula que la diplomacia constituye la única herramienta capaz de resolver los conflictos globales, una visión que, aunque de innegable buena fe; se ve atrapada en los límites de un idealismo que desconoce la complejidad del juego de poder en el que se encuentran inmersos los actores internacionales. Es cierto que la diplomacia resulta esencial para la regulación de las relaciones intraestatales, puesto que en su seno se gestan los principios fundamentales de entendimiento mutuo y cooperación. No obstante, la historia nos revela con carácter abrumador que el diálogo y la negociación por sí solos son insuficientes, especialmente cuando se trata de resolver disputas tan intrincadas y profundamente encarnizadas en la conciencia social como la que enfrentan China y Taiwán. La concepción según la cual la diplomacia, por su naturaleza, es garante de solución pacífica, es en última instancia una visión que hace caso omiso a las fuerzas de poder subyacentes que estructuran las relaciones globales; donde los intereses estratégicos, económicos y militares no son meras abstracciones, si no factores determinantes en la dinámica mundial.

El conflicto diseccionado a lo largo de este análisis constituye un claro ejemplo de esta complejidad, donde si bien la diplomacia sigue siendo un pilar esencial, no puede ser considerada como una solución autónoma ni capaz de reemplazar otras formas de influencia.

La diplomacia en su forma más clásica no debe entenderse como un fin en sí misma, más bien como un mecanismo a ser complementado con otras manifestaciones de poder, tales como la cooperación en defensa, la interdependencia comercial y la mediación económica. En efecto, dialogar resulta crucial, pero no bastarán las palabras si los intereses nacionales de los actores involucrados no convergen. En este sentido, un enfoque puramente diplomático constituye una falacia pragmática, pues la presión económica, las amenazas geopolíticas y las dinámicas de poder de China han desempeñado un peso mucho más decisivo y tangible que cualquier intento de negociación en el plano diplomático.

Un enfoque que incorpore de forma armónica la diplomacia, la economía y la defensa se posiciona como un ejercicio necesario de realismo y pragmatismo que verdaderamente encaje con las circunstancias actuales de poder. Si bien la diplomacia continúa siendo la piedra angular en la resolución de conflictos, no puede ser tomada como la única herramienta a disposición de los actores. En el caso taiwanés, la diplomacia económica se ha hecho patente como el único terreno en el que se han logrado avances sustanciales; conservando relaciones internacionales pese al cerco diplomático impuesto por China. Sin embargo, los aunados esfuerzos diplomáticos no se han traducido en logros concretos en términos de reconocimiento oficial de la isla ni en la modificación de su estatus internacional. Resulta indiscutible pues, que en este caso particular la diplomacia, por sí sola, no ha sido capaz de alterar la dinámica de poder entre ambos actores. Más bien, el amplio juego de intereses que engloba las presiones externas y las estrategias económicas y militares se ha consolidado como el factor determinante.

La conclusión que se alcanza es que, pese a que la diplomacia económica ha demostrado ser el canal más efectivo de influencia en el conflicto entre China y Taiwán, no se puede afirmar con rotundidad que la diplomacia tradicional se haya visto erradicada, sino más bien que se ha visto condicionada y restringida por las complejidades del contexto internacional. La diplomacia clásica, aunque sigue siendo valiosa, se ha visto obligada a ceder terreno frente a fuerzas externas más poderosas como las dinámicas económicas y geopolíticas que dominan el Indopacífico. El conflicto, inmerso en un tejido de entrelazados intereses militares, económicos y regionales, ha relegado la diplomacia a un segundo plano donde las negociaciones se ven caracterizadas por la falta de reconocimiento formal de Taiwán dentro del sistema internacional.

No obstante, lejos de haber quedado obsoleta, la diplomacia tradicional se encuentra restringida en su capacidad de acción por elementos estructurales que priorizan otras fuentes de poder

como son la belicosidad y la coerción económica. A pesar de ello, su valor permanece imperturbable: la diplomacia sigue siendo el terreno en el que se cimentan las bases para la resolución de disputas, en el que se tejen los acuerdos y donde se pueden gestar los primeros esbozos hacia una paz duradera. En el caso de Taiwán, la diplomacia económica ha sido la vía más fructífera para mantener lazos internacionales, pero esto no debe ser interpretado como un indicador de fracaso por parte de la diplomacia tradicional.

El futuro de la diplomacia radica por tanto en su capacidad para adaptarse a un mundo interconectado y dinámico, donde el comercio, la seguridad y la innovación tecnológica desempeñan un papel cada vez más decisivo en la configuración de las relaciones internacionales. La diplomacia en su forma más clásica, si bien continúa siendo esencial, debe entenderse como un engranaje dentro de un complejo conjunto polifacético en el que la cooperación económica, las alianzas estratégicas y el soft power se entrelazan para afrontar los desafíos del siglo XXI. A pesar de que la diplomacia económica haya prevalecido, no se debe subestimar el potencial de la diplomacia tradicional para contribuir a soluciones en este complejo panorama global.

Esta reflexión final incita a reconocer que la diplomacia clásica, pese a no atravesar su mejor momento, no se haya carente de relevancia. Su rol primordial en el orden internacional requiere, más que nunca, una revalorización y una integración efectiva dentro de un encuadre multi-vectorial que aúne el constructivismo de “Una sola China” con el realismo innegable de la situación sino-taiwanesa actual. Resulta de imperiosa necesidad sopesar, y no ignorar, los diversos elementos de poder existentes en un mundo cada vez más interdependiente y multipolar. Es sólo mediante esta integración cuando podrá la diplomacia recuperar la capacidad de ejercer una influencia significativa en el nuevo orden global y recuperar el brillo de antaño.

VII. BIBLIOGRAFÍA

- « Las Naciones Unidas en el texto »(octubre de 2021) - *Le Monde diplomatique en español*.
(s. f.). <https://mondiplo.com/las-naciones-unidas-en-el-texto>
- (S/f). Elordenmundial.com. Recuperado el 28 de febrero de 2025, de
<https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/geopolitica-mares-asia/>
- (S/f). Reuters.com. Recuperado el 3 de febrero de 2025, de
<https://www.reuters.com/world/asia-pacific/taiwan-china-need-peace-given-multifold-changes-internationally-president-says-2025-02-03/>
- Adhikari, R. & Yang, Y. (2002). ¿Qué significará el ingreso en la OMC para China y sus socios comerciales?. *International Monetary Fund*. Recuperado de
<https://www.imf.org/external/pubs/ft/fandd/spa/2002/09/pdf/adhikari.pdf>
- Albert, E. (2016). China-Taiwan Relations. *Council On Foreign Relations*, 1(1).
<https://css.ethz.ch/content/dam/ethz/special-interest/gess/cis/center-for-securities-studies/resources/docs/CFR-China-Taiwan%20Relations.pdf>
- Albert, E. (2016). China-Taiwan Relations. *Council on Foreign Relations*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://css.ethz.ch/content/dam/ethz/special-interest/gess/cis/center-for-securities-studies/resources/docs/CFR-China-Taiwan%20Relations.pdf>
- Amako, S. (2014) China's Diplomatic Philosophy and View of the International Order in the 21st Century, *Journal of Contemporary East Asia Studies*, 3:2, 3-33, DOI: 10.1080/24761028.2014.11869073
- Antunes, S. & Camisão, I. (2018). Introducing Realism in International Relations Theory. *E-International Relations*. Recuperado de <https://www.e-ir.info/2018/02/27/introducing-realism-in-international-relations-theory/>
- Bailén, I.B. (2025, febrero 26). Taiwán acusa a China de realizar maniobras con fuego real cerca de su costa suroeste. *El País*. <https://elpais.com/internacional/2025-02-26/taiwan-acusa-a-china-de-realizar-maniobras-con-fuego-real-cerca-de-su-costa-suroeste.html>
- Barba, R. (2021). *China, India y EEUU: el triángulo del desafío en el Indo-Pacífico*. Universidad de Navarra. Recuperado de <https://www.unav.edu/web/global->

[affairs/detalle/-/blogs/china-india-y-eeuu-el-triangulo-del-desafio-en-el-indo-pacifico-1](#)

- Barbosa, F. (2014). China y Taiwán: ambigüedad e indeterminación. *Revista Análisis Internacional (Cesada a Partir de 2015)*, 5(1), 22. Recuperado a partir de <https://revistas.utadeo.edu.co/index.php/RAI/article/view/914/948>
- Campos Carrasco-Muñoz, Y. (2024). *Las relaciones entre Taiwán y China: Estudio del impacto del “Acuerdo marco de cooperación económica entre China y Taiwán” en sus relaciones diplomáticas y comerciales entre 2010 y 2023* (trabajo de fin de grado). Universidad Pontificia Comillas. Recuperado de <https://repositorio.comillas.edu/xmlui/bitstream/handle/11531/79424/TFG%20-%20Campos%20Carrasco%20Munoz%20c%20Yago.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Cantalapiedra, D. G. (2023). Interacción de las grandes potencias en Asia Oriental (1): EEUU, la RPC e India. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*, 476-521. Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9363766>
- Carvajal, C. R., Praj, D., & Strobel, J. A. A. (2021). *La relación triangular entre China, Taiwán y Estados Unidos en el periodo 2008-2018*. Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8070898>
- Chen, C., & Del Río Morillas, M. Á. (2024). *La “taiwanización”. Orígenes del nacionalismo taiwanés durante los años setenta del siglo XX*. Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9322920>
- Chiu, N. (2024). Made in Taiwan: Exploring the Emergence of TSMC in Taiwan’s Pursuit of Nation Branding. *Jackson school journal of International studies*, 12 (1), p. 6-26. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://jsis.washington.edu/jsjournal/made-in-taiwan-exploring-the-emergence-of-tsmc-in-taiwans-pursuit-of-nation-branding/>
- Conferencia de Prensa Habitual Ofrecida el 21 de Agosto de 2024 por Mao Ning, Portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores. (s. f.). http://ar.china-embassy.gov.cn/esp/fyrth/202408/t20240823_11478737.htm
- Connelly, M. (1996). La política exterior de Taiwan. *Estudios de Asia y Africa*, 31(2 (100)), 271–290. <http://www.jstor.org/stable/40312541>

- Cordero, A. (11 de agosto de 2022). ¿Cuál es la historia de Taiwán y su relación con China?. *France 24*. Recuperado de <https://www.france24.com/es/programas/historia/20220811-cuál-es-la-historia-de-taiwán-y-su-relación-con-china>
- Daniels, R. (s.f). New Risks for Taiwan in Trump's Second Term. *Asia Society Policy Institute*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://asiasociety.org/policy-institute/new-risks-taiwan-trumps-second-term>
- De Jesús, R. P. M. (2016). *Marisela Connelly, Historia de Taiwán*. Scielo. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0185-013X2016000401125&script=sci_arttext
- De Prado Calle, N. (2016). El soft power de la política exterior china hacia Taiwán (1992-2016). *Asiadémica*, (8). Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5608509>
- Delage, F. (2003). La política exterior china en la era de la globalización. *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*, 63, 67-81. <https://www.jstor.org/stable/40585986>
- Delgado, D. L. (2023). *Reflexiones sobre la política exterior de Taiwán: entre espacios reales e imaginados*. Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8761595>
- Esteban, M. (2005). *Las relaciones entre China y Taiwán: tendencias y propuestas*. Real Instituto Elcano. Recuperado el 4 de marzo de 2025, de <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/las-relaciones-entre-china-y-taiwan-tendencias-y-propuestas/>
- Explore Pacific Forum's insightful Indo-Pacific analysis*. (29 de mayo de 2020). Pacific Forum. <https://pacforum.org/publications/pacnet-31-taiwans-covid-19-diplomacy-and-who-participation-losing-the-battle-but-winning-the-war/>
- Explore Pacific Forum's insightful Indo-Pacific analysis*. (29 de mayo de 2020). *Pacific Forum*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://pacforum.org/publications/pacnet-31-taiwans-covid-19-diplomacy-and-who-participation-losing-the-battle-but-winning-the-war/>
- Feingold, S. & Willige, A. (21 de febrero de 2024). *Estas son las 5 vías marítimas más importantes para el comercio mundial*. Foro Económico Mundial.

<https://es.weforum.org/stories/2024/02/estas-son-las-vias-navegables-mas-importantes-para-el-comercio-mundial/>

Gan, N. (14 de enero de 2024). *¿Quién es Lai Ching-te, el nuevo presidente de Taiwán?* CNN en Español. <https://cnnespanol.cnn.com/2024/01/13/quien-es-lai-ching-te-nuevo-presidente-taiwan-trax>

Glaser, B., Kennedy, S., Mitchel, D. & Funairole, M.P. (Enero de 2018). The New Southbound Policy: Deepening Taiwan's regional integration. Centre for Strategic & International Studies. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de https://csis-website-prod.s3.amazonaws.com/s3fs-public/2022-10/180613_Glaser_NewSouthboundPolicy_Web.pdf?VersionId=cbs.Isc0WZ7FhB3I9OvdL1L_Gr42Gh52

Global Taiwan Institute. (21 de febrero de 2024). *The “One-China Principle”: China’s “norm” versus global realities*. Global Taiwan Institute. <https://globaltaiwan.org/2024/02/the-one-china-principle-chinas-norm-versus-global-realities/>

González, D. G. (2023). relaciones entre la Unión Europea y Taiwán. *Quaderns IEE*, 2(1), 132-144. <https://doi.org/10.5565/rev/quadernsiee.48>

Hasmi, S. (13 de noviembre de 2015). “Leaders” as “Persons”: Analysing Xi Jinping’s Meeting with Ma Ying-jeou. *Centre for Air Power Studies*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de http://capsindia.org.managewebsiteportal.com/files/documents/CAPS_Infocus_SH_9.pdf

Hernández Badilla, F. (31 de agosto de 2023). China y Taiwán: claves para entender la crisis. *Revista Marina*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://revistamarina.cl/es/articulo/china-y-taiwan-claves-para-entender-la-crisis>

Hernández, R. H. (1999). *China y Taiwan en la ONU*. Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7941941>

Huang, C. (16 de enero de 2024). *Most people in Taiwan see themselves as primarily Taiwanese; few say they’re primarily Chinese*. Pew Research Center. <https://www.pewresearch.org/short-reads/2024/01/16/most-people-in-taiwan-see-themselves-as-primarily-taiwanese-few-say-theyre-primarily-chinese/>

- Hung, T.C. (2017). *Rethinking Public Diplomacy: A Study of China Exerting its Influence on Taiwan* (trabajo de fin de grado). Universidad de Waseda. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://core.ac.uk/download/pdf/159504351.pdf>
- Iglesias, J. C. (2024). Tensión geopolítica en torno a Taiwán. *Tiempo Devorado*, 9(1), 23-51. <https://doi.org/10.5565/rev/tdevorado.215>
- Jie, C. (2002). *Foreign policy of the new Taiwan: pragmatic diplomacy in Southeast Asia*. Edward Elgar Publishing.
- Jirous, F. (9 de enero de 2024). El «Escudo de Silicio» taiwanés: La geopolítica detrás del suministro de semiconductores. *CADAL*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://www.cadal.org/publicaciones/articulos/?id=15890>
- Kan, S. A.(2011). *China/Taiwan: Evolution of the One China Policy- Key statements from Washington, Beijing, and Taipei*. Recuperado de https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=YH2Y3l_yaLsC&oi=fnd&pg=PA1&dq=one+china+policy+taiwan&ots=FZ5kpmNysi&sig=-1kg_4D112_E70SIfZwIodA7i0s#v=onepage&q=one%20china%20policy%20taiwan&f=false
- Leal, L. R. D. (2009). China: Radiografía de una potencia en ascenso [Review of *China: Radiografía de una potencia en ascenso*, by R. Cornejo]. *Estudios de Asia y Africa*, 44(2 (139)), 383–402. <http://www.jstor.org/stable/25614500>
- Ley Anti-Secesión afecta desarrollo de relaciones Taiwan-China: CACC*. (2010, agosto 6). Observatorio de Política China [OPCh]. <https://politica-china.org/areas/taiwan/ley-anti-secesion-afecta-desarrollo-de-relaciones-taiwan-china-cacc>
- Löhrer, M. (2022). *The frozen conflict between China and Taiwan through the lens of three international relations theories*. (trabajo de fin de grado). Universidad de Tillburg. Recuperado de <http://arno.uvt.nl/show.cgi?fid=159989>
- Maggiorelli, L. . (2019). La ayuda al desarrollo de Taiwán a América Latina y el Caribe y la política de Una Sola China. *Razón Crítica*, (7), 177–208. <https://doi.org/10.21789/25007807.1513>
- Maizland, L. & Fong, C. (2025). Why China-Taiwan Relations are so Tense. *Council on Foreign Relations*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de

<https://ess.ethz.ch/content/dam/ethz/special-interest/gess/cis/center-for-securities-studies/resources/docs/CFR-China-Taiwan%20Relations.pdf>

Mario, E. R. (2006). *¿La democratización de China solucionaría su conflicto con Taiwán?* <https://academica-e.unavarra.es/server/api/core/bitstreams/19da1bde-a88a-4586-899d-59abd9fd4b49/content>

Mitiç, A. & Zakiç, K. (Octubre de 2024). *Harvesting the winds of change: China and the global actors*. Comunicación presentada en la 4ª Conferencia de Diálogos sobre China, Belgrado. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de https://repositorio.iscte-iul.pt/bitstream/10071/33472/1/conferenceObject_106452.pdf

Nemeskéri, D., & Zádori, I. (2020). The Importance of Diplomacy: A Case Study of Taiwan. *Belvedere Meridionale* vol. 32 (3), p. 103–114.

Nye, J. S. (1990). Soft Power. *Foreign Policy*, 80, 153–171. Recuperado de <https://doi.org/10.2307/1148580>

Oficina Económica y Comercial de España en Pekín. (2022). *Informe Económico y Comercial: China*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://www.icex.es/content/dam/es/icex/oficinas/094/documentos/2022/07/documentos-anexos/DOC2022912052.pdf>

Oficina Económica y Comercial de España en Taipéi. (2024). *Informe Económico y Comercial: Taiwán*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://www.icex.es/content/dam/es/icex/oficinas/115/documentos/2024/03/anexos/iec-taiwan-2023.pdf>

Oficina Económica y Cultural de Taipei en el Perú. (2020). Oficina Económica y Cultural de Taipei en el Perú 駐秘魯代表處. Recuperado 17 de marzo de 2025 de https://www.roc-taiwan.org/pe_es/post/17703.html

Paredes, X. R. (2024). Asignatura pendiente. *Tiempo Devorado*, 9(1), 97-115. <https://revistes.uab.cat/tdevorado/article/view/v9-n1-rios/pdf-es>

Pasquali, M. (2022, agosto 3). *¿Qué países mantienen relaciones diplomáticas con Taiwán?* Statista. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://es.statista.com/grafico/27902/paises-que-mantienen-relaciones-diplomaticas-con-taiwan/>

- Pisabarro, A. (26 de marzo de 2018). La diplomacia de la solidaridad de Taiwán. *El Orden Mundial*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://elordenmundial.com/la-diplomacia-de-la-solidaridad-de-taiwan/>
- Rawnsley, G. D. (2014). Taiwan's Soft Power and Public Diplomacy. *Journal of Current Chinese Affairs*, 43(3), 161-174. <https://doi.org/10.1177/186810261404300307>
- Reus Ruiz, L. (2023). *Chinese soft power efforts to shape the future of Taiwan and the Taiwanese response to these threats* (trabajo de fin de grado). Universidad Pontificia Comillas. Recuperado de <https://repositorio.comillas.edu/xmlui/bitstream/handle/11531/69043/TFG%20-%20Reus%20Ruiz%2c%20Luisa.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Reyes, J. L. (2023). *El mercado internacional de semiconductores y sus consecuencias en la economía global: el caso de Taiwán*. Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9126191>
- Roctus, J. (30 de mayo de 2024). Lai Ching-te Inaugurated in Taiwan: Managing Legislative Turmoil and Cross-Strait Status Quo. *Egmont Royal Institute for International Relations*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://www.egmontinstitute.be/lai-ching-te-inaugurated-in-taiwan-managing-legislative-turmoil-and-cross-strait-status-quo/>
- Sacks, D. (20 de diciembre de 2023). Taiwan's 2024 Presidential Election: Analyzing William Lai's Foreign Policy Positions. *Council on Foreign Relations*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://www.cfr.org/blog/taiwans-2024-presidential-election-analyzing-william-lais-foreign-policy-positions#:~:text=In%20an%20attempt%20to%20signal,>
- Sang, H. T. & Kiet, T.T. (22 de enero de 2025). How Should Taiwan Brace for Trump's Second Term?. *Global Taiwan Institute*, 10 (2). Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://globaltaiwan.org/wp-content/uploads/2025/01/GTB-10.2-PDF.pdf>
- Santoso, R. B., Surya, A., Dermawan, W., & Hidayat, T. (2020). China's Public Diplomacy in Taiwan. *Atlantis Press*, 10.2991/assehr.k.200108.011. <https://doi.org/10.2991/assehr.k.200108.011>
- Scobell, A. (2009). *China's Use of Military Force: Beyond the Great Wall and the Long March*. Kentucky: Cambridge University Press.

- Segura Muñoz, J. (2022). *Las consecuencias de las pretensiones chinas sobre Taiwán: el origen de un nuevo balance de poder para Asia-Pacífico* (trabajo de fin de grado). Universidad Pontificia Comillas. Recuperado de <https://repositorio.comillas.edu/xmlui/bitstream/handle/11531/56794/TFG-%20Segura%20Munoz%2C%20Jorge.pdf?sequence=1>
- Serbin, A. (2021). *El Indo-Pacífico y América Latina en el marco de la disputa geoestratégica entre Estados Unidos y China*. Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8024348>
- Taiwán Hebdo* nº 41-2024. (2024, 15 octubre). Observatorio de Política China [OPCh]. <https://politica-china.org/otros/taiwan-hebdo-no-41-2024>
- Van Oudenaren, S. (2022). Xi Jinping thought on Diplomacy: Roadmap to global leadership?. *The Jamestown Foundation*, 22 (18), 1-5. Recuperado el 17 de marzo de 2025, de https://jamestown.org/wp-content/uploads/2022/10/Read-the-10.4-Issue-in_PDF.pdf
- Wang, H., & Lu, Y. C. (2008). The Conception of Soft Power and its Policy Implications: a comparative study of China and Taiwan. *Journal of Contemporary China*, 17(56), 425–447. <https://doi.org/10.1080/10670560802000191>
- Yang, Y. T. (19 de febrero de 2025). The Geopolitical Costs of Dismantling USAID: Implications for Taiwan and China's Influence. *Global Taiwan Institute*, 10 (4). Recuperado de <https://globaltaiwan.org/2025/02/the-geopolitical-costs-of-dismantling-usaid/>
- Yoji, K. (21 de septiembre de 2021). China, wolf warrior diplomacy and Taiwan. *The Diplomat*. Recuperado el 17 de marzo de 2025 de <https://thediplomat.com/2021/09/china-wolf-warrior-diplomacy-and-taiwan/>